

La escritura invisible

Miguel Ors Villarejo



La escritura invisible

Miguel Ors Villarejo

Desde finales del siglo XVIII, el puesto de Dios ha quedado vacante en nuestra civilización; pero durante el siglo y medio siguiente ocurrieron tantas cosas asombrosas que la gente ni se dio cuenta. Ahora, sin embargo, después de las demoledoras catástrofes que pusieron fin a la Era de la Razón y del Progreso, el vacío se hace sentir. La época en que me crié fue una época de desilusiones y de nostalgia.

Arthur Koestler

A mis padres

Índice de contenido

1
2
3
4
5
6

1

Sobre todo no te dejes ganar por la primera impresión, me había advertido Ramón, ya te acostumbrarás, me había asegurado. Y era verdad que el pueblo era feo. Y sucio. Las calles, por ejemplo: las calles estaban todas levantadas.

—Algún alcalde que se metió con el alcantarillado y se quedó luego sin dinero —me explicó el taxista. ¿Y desde cuándo duraban las obras? El hombre no sabía decirme con precisión, pero Ramón afirmaba que algunos de los socavones eran auténticas reliquias, han sobrevivido a varias corporaciones franquistas y las que llevemos de democracia, decía.

Pero yo estaba aquí de paso, había venido a acabar mi novela de gladiadores, o lo que saliera, y la primera impresión me preocupaba poco. Me asustaba más bien lo contrario, el ya te acostumbrarás, aprender a querer el sitio, contraer su desidia, quedar allí

embarrancado. La costa está llena de trampas para artistas y en este pueblo no debían de faltar, porque a Jose Octavio se lo había tragado con todos sus manuscritos y toda su sólida vocación literaria. Con Jose Octavio no había podido la tontería bohemia de Madrid, ni tampoco el periodismo, tumba habitual del escritor. A José Octavio se lo había cargado esto, Horcal, así que había que empezar a desconfiar de su cochambre, sacarle pegas a todo, ser inflexible con las casas mal enjalbegadas, con las pilas de cascotes cada diez metros, con las playas sembradas de zurrapas de alquitrán, con aquellas mujeres que bajaban a la compra en bata y zapatillas y que parecían gritarse cosas terribles las unas a las otras, cuando lo que hacían era, sencillamente, hablar, hablaban así. Los hombres estaban en el campo o en el mar, los niños, en la escuela, y el pueblo, a estas horas, era suyo.

Todavía anduvimos un rato largo después de dejar el pueblo. El camino era de tierra y terminaba en

una explanada que cerraba un antepecho de mampostería. Despedí el taxi y me asomé. Había una escalera. La casa estaba al final, en el centro de una breve cala. Era blanca, tenía dos pisos y una terraza enorme y solo la separaban del mar veinte metros de roca negra. No se veía ninguna otra construcción en los alrededores.

—¿Está la señora?

La mujer no respondió. Me examinó durante unos segundos sin acabar de franquearme la entrada y llamó al perro.

Vigila a este señor —le dijo. El animal no resultó más expresivo. Tomó asiento en el umbral y parecía ignorarme, pero, cuando quise sacar el tabaco, estiró las orejas y gruñó siniestramente. Tuve y enseguida la idea de estamparlo contra la puerta de una patada, pero era un interesante ejemplar de mastín de los Pirineos y preferí agotar antes todas las vías de una solución pacífica.

—Qué te pasa, bonito —dije. El perro redobló

sus gruñidos, se reincorporó. Tenía el hocico arrugado y trataba de impresionarme exhibiendo horteramente los colmillos. Le di a entender que también yo estaba dispuesto a todo palideciendo, reacción que en el hombre precede siempre al combate. Intentó morderme. No me dejaba otra salida, y ya había resuelto agotarlo mediante una carrera por la cala antes de darle la paliza, cuando sonó firme la voz de Elena:

—¡Quieto, Hans!

El animal volvió grupas de inmediato.

—Lo siento, Andrés —añadió, interpretando sin duda erróneamente el hecho de hallarme subido en una jardinera—, pero comprenderás que dos mujeres solas necesitan algún tipo de protección... Emilia, por favor.

Salió la muda.

Lleve la maleta del señor al dormitorio... ¿Qué tal el viaje? —me besó—Agotador, claro. Querrás tomar algo.

Pasamos a la casa. Sobre una mesa del salón había servidas bebidas. La puerta del balcón estaba abierta y un individuo miraba al mar apoyado contra la barandilla.

—Es Norberto, el médico del pueblo. Fue compañero de estudios de papá —me informó Elena. Era un hombre grueso, mayor. Iba trajeado de gris a pesar del calor. Sonrió cuando Elena le relató, en términos claramente vejatorios para mi persona, el incidente del perro, y me preguntó si pensaba quedarme mucho tiempo en Horcal. Elena no me dejó responder.

—El que sea preciso. Ha venido a escribir una novela de romanos y no se marchará hasta que no le ponga el punto final.

Una novela de romanos, muy interesante. Me apasionan las novelas de romanos —comentó Norberto en un tono que no dejaba la más mínima duda sobre la opinión que le merecían las novelas, los romanos y yo. El hombre sudaba aparatosamente, pero

su dignidad de médico de pueblo debía de estar por encima de ciertas incomodidades. Siguió hablando de literatura sin aflojarse ni un milímetro el nudo de la corbata. Pensé que se nos iba a desplomar de un momento a otro, pero el tío aguantaba más que un buzo. Remató su ponencia con unas consideraciones sobre el momento actual de la novela.

—El problema en España —dijo— es que ya no se hacen buenas novelas. Los escritores carecen de paciencia para elaborar una trama consistente, un buen argumento. Se ponen a escribir sin plan fijo, a lo que salga, y cuando llevan reunida una pila razonable de folios, matan al bicho de cualquier manera y lo dan a editar.

Manifesté una admiración adecuada a su sagacidad y preferí reservarme mi opinión sobre la profesión médica.

—Pero la culpa no la tienen ustedes —prosiguió—. La culpa la tiene el público. Parece que le gusta aburrirse. Yo he estado en el cine, en Madrid, y

la gente es que no sale espiritualmente satisfecha de una película si el director no se ha tomado antes la molestia de aburrirla un poco. Y cuando no se enteran de nada, entonces ya lo abruman a uno de elogios... Es increíble...

Elena sonrió y Norberto la miró con ternura. Pensé que era sin duda eso, la sonrisa de Elena, lo que el médico había estado persiguiendo durante todo el tiempo y me sentí un poco avergonzado de mis ironías mentales.

—Elena se ríe —dijo mirándome— porque piensa que qué va a saber un médico de pueblo de cine y literatura... Y tiene razón: ¿qué sé yo de esas cosas? Yo, a mis enfermos —miró el reloj—, que por cierto tengo un poco desatendidos.

Se incorporó, me estrechó la mano con cordialidad y quedé solo en la terraza mientras Elena lo acompañaba hasta la puerta de la calle. Encendí un cigarro. El tiempo era espléndido. Y la casa, magnífica. No, no iba a estar nada mal aquí. Por lo pronto,

pensaba tomar un baño y dedicar el resto del día a descansar. Ya empezaría a trabajar mañana. Hoy, natación, sol y alguna lectura. Revistas, naturalmente, nada de libros. Había una sobre la mesa que tenía un aspecto francamente frívolo y apetecible, con mucho couché y cuatricromía, puede que hasta fuera un “¡Hola!”... Pero no. Estaba abierta por un reportaje titulado “El misterio de las coincidencias” y uno de sus párrafos, subrayado en rojo, decía:

“En 1837, Edgar Allan Poe publicó Las aventuras de Arthur Gordon Pym. En su relato, los cuatro supervivientes de un naufragio, tras permanecer muchos días en un bote a la deriva, asesinan y devoran a un grumete llamado Richard Parker. En 1884, la yola Mignonette se hundió y los cuatro supervivientes que escaparon acabaron comiéndose al grumete; éste se llamaba Richard Parker”.

La habitación en que me instalaron estaba en

el segundo piso. Tenía una cama con su mesita, varias sillas, una descalzadora, un armario enorme y un maravilloso escritorio, el típico mueble delante del que todos los aspirantes a literatos nos poníamos religiosamente a babear cuando lo veíamos en algún escaparate. De las paredes, blancas, colgaban fotos de motivos marineros. La ventana daba sobre la cala y por ella entraba la luz a chorros. Recordé en seguida una escena de Las Nieves del Kilimanjaro. Gregory Peck, contrafigura de Hemingway, tenía una vista parecida desde su cuarto de trabajo, en La Riviera. Fumaba displicentemente, con los pies apoyados sobre la máquina de escribir, mientras la gente se bañaba ahí abajo y él meditaba sobre las incomodidades de la fama. Luego entraba alguien, no recuerdo bien quién, su tío quizás, para felicitarle seguramente por todas las toneladas que llevaba vendidas de su última novela, aunque también podía ser para preguntarle si se había decidido ya por Susan Hayward o Ava Gardner, que era otro problema que

tenía Gregory Peck en la película. Susan Hayward hacía de aristócrata riquísima y Ava Gardner creo que posaba o algo así, pero el problema importante era el de la fama, de eso sí que me acuerdo, y de Gregory Peck dándole vueltas mientras fumaba displicentemente junto a la ventana. La escena aquella se me había quedado grabada a fuego, me había acompañado todos estos años por todas las redacciones por las que había pasado, por todas las sucias pensiones en las que me había sentado a escribir, helado de frío o muerto de calor, mis artículos, mis cuentos, mis guiones, mis historias de vaqueros y mi primera novela, con la que luego habían hecho unos bonitos zorros en el café... Qué barbaridad, es que no dejaron piedra sobre piedra, y yo consolándome entre dientes: “Es envidia, Andrés; tiene que ser envidia”...

—¿Te cambias o qué?

No había podido resistir la tentación, me había dejado caer sobre la silla a fumar

displícitamente junto a la ventana.

—Perdona, Elena. Estaba aquí meditando sobre las incomodidades del fracaso y se me ha debido de ir el santo al cielo. En seguida bajo.

—Date prisa, porque parece que se está nublando.

Y era verdad que la mañana se había ido cargando de grises. Pero seguía haciendo calor y el agua estaba tibia. Nadamos algo más de un kilómetro, hasta la escollera que cerraba la ensenada, y nos tumbamos sobre una laja.

No sabía yo entonces gran cosa de Elena. Alguien la había llevado al café meses atrás, probablemente Alexis, que era el más inquieto en materia de faldas, y en seguida había empezado a opinar con mucha autoridad sobre arte y literatura. Era una mujer muy viajada y muy leída, había vivido un par de años en Estados Unidos, y nuestras novelas la dejaban al parecer sin aliento.

—No escribes mal, pero el caso es que no hay manera de pasar de los diez primeros folios.

Eso se lo soltó a Ramón mientras le devolvía un manuscrito sobre el que los más audaces no habíamos pasado de sugerir vagamente que quizás le sobrara algún capítulo. Ramón presidía aquella tertulia con los plenos poderes que le confería su talento para la ironía, su capacidad para amontonar sarcasmos como hachazos sobre cualquier interlocutor que intentara toserle en cuestión de libros. Que a mí, que a José Miguel, que a Alexis nos destriparan las obras maestras era cosa de todos los días. Pero que se lo hicieran a Ramón revestía caracteres de golpe de estado. Elena documentó además muy eruditamente su capón.

—En alguna parte recordaba Ortega a los hombres de ciencia que sus libros tenían que ser de ciencia, por supuesto, pero también libros. Pues lo mismo sucede con los de literatura: en España se hace buena literatura, pero no buenos libros. A vuestras

novelas les sobra estilo, la literatura acaba por asfixiar el argumento, aplasta el libro.

—Pero tú ni siquiera lo has leído entero — protestó Ramón.

—Bueno, pero ya decía Wilde que no hace falta beberse todo el barril para saber cómo es el vino.

Elena tenía una santabárbara llena de citas, no rehuía nunca el combate, y a Ramón le costó volver a poner las cosas en su sitio. También era cierto que Elena jugaba con ventaja, porque Ramón escribía y criticaba, mientras que ella solo criticaba. Deseoso de tomarse la revancha definitiva, Ramón le preguntaba con frecuencia si no escondía en algún cajón poemas o cuentos. Pero Elena no escondía nada.

—Yo solo soy una espectadora, Ramón.

Alimentada por la ignorancia, toda una misteriosa leyenda fue tejiéndose en torno a esta mujer cuyos días se iban entre exposiciones, conferencias, lecturas y visitas a familiares. Alexis nos confirmó que problemas de dinero no tenía. Había estado un par de

veces en su casa y toda la información que pudimos sonsacarle fue un elogio de la grifería. Alexis era chileno, había dado la vuelta al mundo como enviado de La Tercera de Santiago y lo primero que examinaba cuando llegaba a un país era la instalación de fontanería.

—¿Has visto tú qué grifos? Este sí que es un país civilizado.

—Pero Alexis, coño, ¿te la has tirado o qué?
Alexis componía gesto de sorpresa.

—¿Yo? En absoluto. Nuestra relación es puramente intelectual. Compartimos una gran admiración por Wilde, los impresionistas y la nueva grifería italiana, eso es todo.

Luego a Alexis le saldrían otras novias más complacientes, pero Elena le había cogido cariño a aquella tertulia y se convirtió en una asidua. Intimó mucho con Ramón. Ramón tenía treinta años y seguía viviendo de sus padres sin aparente menoscabo de su dignidad. La preocupación por no haber ganado un

duro en su vida solo afloraba cuando, como él decía, le echaban de comer una espuela.

—¿Una espuela? —preguntó Elena.

—Sí, una espuela. Por lo visto, en las fortalezas inglesas de la Edad Media, cuando las existencias se agotaban, la mujer le servía al marido una espuela en una bandeja. Con ello le daba a entender que había que salir por alimentos, y el noble montaba a caballo y caía a saco sobre Francia... En casa sucede igual. De vez en cuando, el amo del castillo vuelve cabreado del Ministerio y la toma con mi improductividad. No saca ninguna espuela, pero la forma en que me grita resulta perfectamente medieval... Así que mañana mejor como fuera...

Elena le pagó aquella comida. Pasaron también la tarde juntos. Y la noche. Ramón intentaría luego colocarnos una historia llena de romanticismo, con mucha mirada melancólica y muy poca luz, pero Alexis lo sorprendió acariciándose el cuello un par de veces y diagnosticó rápidamente: tortícolis de sofá.

—Venga, Ramón —le interrumpió—, que tú tampoco llegaste más allá del salón. Conozco ese dolor de cuello...

Ramón lo miró fijamente, pero en seguida una sonrisa empezó a abrirsele paso por la cara.

—Sí que es incómodo el jodido sofá —reconoció finalmente.

—Y no insistas más —le aconsejó Alexis—. Yo he probado con métodos que normalmente enternecen piedras, y no hay manera.

—Bueno, bueno, Alexis. Tú es que no tienes paciencia. Te manejas muy bien entre psicologías elementales, hay que reconocerlo, pero Elena es otra cosa, un alma compleja. El aquí te cojo, aquí te mato, que es la esencia de la moderna teoría de la seducción, no vale con ella. Hay que ir más despacio. Probablemente hasta le guste llevar la iniciativa, sentirse más seductora que seducida, conducirte a su terreno y devorarte allí eróticamente, como una mantis.

Y Ramón improvisó sobre el terreno una

florida meditación de Elena, con gran aparato de citas y datos científicos. Aunque no acababa de llegar a ninguna parte, se veía que el hombre le tenía dadas muchas vueltas al tema, y lo que desde luego quedaba muy claro es que el sofá aquel debía de ser verdaderamente terrible.

—Pero vamos a ver —objetó Alexis—. Tú dices que Elena es una mantis y que le gusta llevarte a su terreno, ¿no? Bueno, pues yo he estado en su terreno y a mí nadie me ha devorado eróticamente.

—No, ni a mí. Pero es que Madrid no es su terreno. Su terreno es, por lo visto, un pueblecito de la costa...

Yañadió después de sacudirse delicadamente una ficticia mota de polvo de la solapa: “Al que, por cierto, he sido invitado a pasar una temporada”.

Fue así como Ramón conoció Horcal. Permaneció en el chalet tres semanas. Nadó mucho, escribió mucho, leyó mucho y regresó algo deprimido con respecto de sus dotes para la observación

psicológica.

—Mirábamos mucho el cielo —contaba luego—, y yo pensaba: es una romántica impenitente. Así que una noche le dije que las estrellas eran un espectáculo que me llenaba de melancolía y que muchas veces me quedaba mirándolas desde mi ventana durante horas, cuando lo único que se ve desde mi ventana es el tendedero del edificio de enfrente. ¿Sabéis lo que hizo? Apagó todas las luces y sacó un telescopio. Me tuvo dos horas contándole los satélites a Júpiter. Y Júpiter tiene dieciséis satélites. Cuando me lo dijo, creí que me moría, porque yo por aquel maldito aparato no veía más que cuatro, y aquella mujer era muy capaz de tenerme allí hasta que no aparecieran los otros doce. Así que le dije que los había visto todos, que eran muy bonitos, y ella se extrañó un poco, porque al parecer los dos últimos los descubrió el Voyager la semana pasada, pero por lo menos me dejó irme a la cama... Ya no volví a hacer ningún comentario: ni sobre las estrellas, ni sobre el

mar, ni sobre las flores del campo. Imagínate que le digo que lo que me gustan son los peces de colores. Me tiene buceando las tres semanas.

Pasó un mes largo antes de que Elena volviera a aparecer por el café. Para cuando lo hizo, nuestra actitud con respecto a ella había evolucionado. Elena era definitivamente un ser epiceno, sin sexo definido, casi sin piernas, como la Reina de Inglaterra, y ya nadie la miraba con deseo. Ni siquiera Alexis, cuya última aventura sentimental había terminado abruptamente, con una precipitada salida en calzoncillos delante de un piloto cuyo vuelo se había suspendido a última hora por causa de la niebla.

—La culpa es mía —se lamentaba después—, por no consultar los partes meteorológicos antes de meterme en la cama con la mujer de un aviador.

Mientras permaneció en Madrid, la vida de Alexis había sido eso, un perfecto vodevil, con sus puertas falsas, sus armarios habitados y sus cornudos

surtidos. El final que le puso a su estancia tampoco contravino las convenciones del género. Se iba porque su mujer, a la que había dejado en Chile entregada a la lucha contra la dictadura, le pedía que volviera. Era el marido calavera que caía por fin en la cuenta de que, en el fondo, nunca había dejado de querer a la misma mujer, y solo faltaba la música de violines.

No fue ésta la única novedad con que se encontró Elena a su regreso. Tampoco José Miguel se dejaba ver ya tanto como antes. Le había salido un trabajo en Radio Nacional y el periodismo se lo tragaba irremisiblemente. Aunque siempre tenía a mano un público agradecido, Ramón encajó mal estas deserciones.

—Esto se acaba —me decía lánguidamente—, se acaba...

Pero yo no cobré verdadera conciencia hasta que Alexis me abrazó en la terminal de Barajas y me confirmó las auténticas razones de su marcha.

No íbamos a ningún lado, Andrés —dijo. Y me dejó allí, abrumado por la incontrovertible certidumbre de que no navegábamos hacia la gloria, de que nunca nos habíamos movido del sitio, de que llevábamos dos años empantanados en una mesa de café.

Fue una mañana siniestra. No había abandonado aún el aeropuerto cuando alguien me posó la mano en el hombro. Me costó trabajo reconocer a Julio dentro de aquel traje azul. Julio era un compañero de universidad, hacía mucho que había perdido todo contacto con él. Salía en seguida para Londres, pero se empeñó en evocar antes los viejos buenos tiempos, cuando el cataclismo social que sucedió a la muerte de Franco nos hizo coincidir en la Facultad de Políticas, sinceramente convencidos de que de verdad podía uno llegar a verle pies y cabeza a todo aquel follón. No se podía, claro, y yo tiré la toalla. Pero él no; él siguió y ahora tenía un traje azul, un cargo de ejecutivo y una esposa atractiva que le

recordaba a cada paso que iba a acabar perdiendo el vuelo.

—No, mujer —la tranquilizaba él—, todavía hay tiempo. ¡Pues no habré cogido yo veces este avión!... Pero, cuéntame: no has cambiado nada, tú.

No, no había cambiado nada, efectivamente, y no sabía él hasta qué punto me estaba doliendo en aquel preciso instante. El reencuentro revolvía otra vez en la herida abierta del tiempo perdido y respiré con alivio cuando por fin conseguimos meterlo en el avión. Su esposa ofreció entonces acercarme a Madrid. Se llamaba, Teresa y era un animal esbelto y deseable, perfecto, como todo lo que envolvía a Julio. Pensé que seguir respirando aquella atmósfera de triunfo social me iba a deprimir demasiado y rechacé la invitación. Pero ella no insistió y eso me deprimió todavía más. Recuerdo que, mientras subía al autobús amarillo, me asaltó la certeza de que ella ya me había olvidado. Fue lo que terminó de destrozarme.

Pasé la tarde tirado en la cama de la pensión.

Encendía un cigarro con la colilla del anterior y trataba de ponerme de acuerdo conmigo mismo sobre la exacta medida de mi insignificancia. Era, desde luego, un insecto. Ahora, insectos los había de muy distintas especies y cataduras, y no podía yo pretender equipararme así, sin más, a un enorme escarabajo, por ejemplo. Después de muchas vueltas, llegué a la conclusión de que el pulgón de la rosa, con su medio milímetro de largo, reunía las condiciones de tamaño, pero en seguida consideré poco modesto atribuirme su capacidad de destrucción. En descartes sucesivos, rechacé al mosquito porque volaba, a la pulga por sus proezas atléticas y a la oruga del pino porque producía urticaria y a veces la citaban en los periódicos. Para entonces ya me dolía el pecho como si me lo hubieran pateado y las colillas se apilaban en el cenicero formando una artística pirámide. Me reincorporé. Había un folio metido en la máquina de escribir, el decimoséptimo de mi segunda novela. Lo leí y me pareció infame, impresión perfectamente habitual, pero

que en aquel momento le costó la vida. Luego me lavé y salí a la calle.

Tomé el camino del café, pero sabía que allí acabarían por reconciliarme con mi triste destino de insecto escritor y yo estaba decidido a romper con todo aquello, así que me desvié y anduve sin rumbo fijo hasta que anocheció.

Estaba de verdad decidido a romper con todo aquello, a dejarme de malabares e ir a lo seguro, al periodismo. Tenía incluso hecha alguna gestión en Valladolid, a través de mi padre. Pero Elena supo trabajarme sabiamente los puntos débiles. En cuanto advirtió mi desánimo, empezó a hablarme de mi novela. Ya hablarme bien.

Yo de mi novela creía haberlo oído ya todo, desde el “hay un genio en la familia” con que la había recibido mi madre, hasta los más variados improperios. Hubo incluso un editor, el único que no se acogió al confort del silencio administrativo para rechazarla, que

me citó a Nabokov; me dijo muy serio: “aún le faltan las alas y las garras”, comentario que nunca acerté a entender porque yo hacía novelas, no gallinas. Pero cuando Elena me dijo sencillamente que le había gustado, me cogió el ego totalmente desprevenido. Al principio pensé que me tomaba el pelo, pero en seguida mencionó detalles que delataban una lectura atenta y hasta interesada y comencé a respirar con dificultad y a considerar si no merecería después de todo otra oportunidad. La última, desde luego...

Por eso vine a Horcal.

2

Recuerdo bien aquellos primeros días en Horcal. Llevábamos una existencia rutinaria y feliz. Nos levantábamos temprano, sobre las ocho. Emilia nos servía en la terraza un desayuno ligero: tostadas, café con leche y zumo. Después nadábamos y yo me encerraba hasta la hora de comer.

Al principio escribía mucho, pero también rompía mucho y la novela progresaba penosamente. Quería yo que aquella historia de romanos me quedara perfecta y pasaba a lo mejor toda una mañana puliendo y repuliendo un párrafo, una idea, una frase. Tardé dos semanas en darme cuenta de que este celo de miniaturista podía servir para las distancias cortas, pero que el novelista es un corredor de fondo y pretender mantener la calidad de página de un cuento durante tanto kilómetro era una labor que podía fácilmente llevarme toda la vida. Así que me resigné a hacer las cosas con una cierta pulcritud y solo

entonces el invento empezó a funcionar.

Las sobremesas solían ser largas y reposadas. Normalmente comíamos solos Elena y yo, pero también de cuando en cuando se apuntaba un tercer y hasta un cuarto comensal. Esto sucedía sobre todo los viernes. Por alguna misteriosa razón, los viernes carecían de relevancia social entre el gran mundo horcaleño, era incluso hortera y de mal gusto organizar nada ese día. El resto de la semana se podía recibir y visitar sin mayores escrúpulos, y de hecho la gente llevaba una vida agitadísima: en este pueblo donde nadie tenía gran cosa que hacer, cualquier pretexto valía para desencadenar un fuego cruzado de invitaciones a comer, cenar, merendar, tomar el té, entrar o salir. Pero el viernes había tregua y a Norberto le gustaba aprovechar el armisticio para ver a Elena.

Norberto disfrutaba mucho haciéndonos la crónica de aquella aristocracia provinciana en la que él venía a ejercer un poco de niño terrible, con licencia para denostar.

—Anoche estuvimos en casa de los Callona —te decía a lo mejor—. Es increíble lo que ha engordado esa mujer. Se ha multiplicado literalmente. Más que un problema de obesidad, lo que le tiene planteado a su marido es un problema de poligamia.

—Norberto, por favor —terciaba Elena—, no digas esas cosas de la pobre Esperanza. Es una persona tan tierna...

—Sí. Es un latifundio de ternura. Ahora se ha comprado un bañador gris y tienes que verla en la playa: igual que una marsopa, dan ganas de echarle pescadito crudo... No sé cómo se le habrá ocurrido elegir precisamente ese color. Supongo que la habrá asesorado Carmencita.

—¿Quién es Carmencita? —preguntaba yo.

—La mujer del alcalde, un ser lleno de sentimientos desinteresados: odia a todo el mundo por igual. La gente dice que porque tuvo muchos desengaños amorosos durante su juventud. Al parecer, los novios la dejaban continuamente debido a

sus pasiones oscuras y desordenadas. ¿O eran sus dientes los que resultaban oscuros y desordenados? ... No recuerdo exactamente.

A Norberto lo acompañaba a veces Armando. Armando era murciano de la capital. Se había instalado en el pueblo después de jubilarse. Tenía una finca pequeña en la que cultivaba tomates, lechugas y pimientos y le gustaba jugar al ajedrez. También le gustaba hablar de sus tiempos de periodista. Las primeras armas las había hecho Armando en el *Madrid* de González-Ruano, con quien había tratado mucho.

—César me llamaba Armandito... Me decía, por ejemplo: Armandito, ¿qué opinas tú de esto? O: Armandito, ¿y a ti qué te parece aquello?... Era un hombre muy entrañable, César... Recuerdo la vez aquella en que...

Y aquí Armando colocaba invariablemente la anécdota de cuando fue a ver a González-Ruano al hospital y lo sorprendió fumando a escondidas de las enfermeras.

Había también otra igual de buena en la que Armando no iba al hospital, sino a casa de César y se encontraba con que en ella estaba Cocteau tomando un café, pero había tenido que dejar de contarla porque nadie en Horcal parecía saber quién era Cocteau y, claro, sin saber quién era Cocteau era muy difícil apreciar la gracia de la anécdota.

Pero además de orientar la opinión de González-Ruano o de sorprenderlo fumando a escondidas, Armando había publicado en la prensa de aquella época unas crónicas llenas de delicadeza y literatura, unas crónicas densas que había que leer muy despacito, con el diccionario a mano, y un botijo también. Por alguna de ellas le dieron un premio, siguiendo siempre ese criterio tan nuestro de premiar a los escritores cuando empieza a no entenderseles nada. Pero su éxito mayor fueron una serie de entrevistas que hizo para el diario *Madrid*.

—Los directores se me rifaban. Ni uno dejó de llamarme para hacerme su oferta. Ni uno...

Al final, aceptó una corresponsalía en París. No sabía francés, ni tenía mayor idea de en qué podía consistir el trabajo de corresponsal. Los compañeros de otros medios le explicaron que todo lo que tenía que hacer era descifrar como buenamente pudiera la prensa del día, meter lo que trajera en cuatro folios y mandarlos para Madrid, pero a Armando aquello le pareció escandaloso, un fraude casi. Ellos, los corresponsales, estaban en París para hacer algo distinto; de lo que pasaba en la calle ya se ocupaban los sabuesos de agencia.

—Hombre, sí, esa es la teoría —le replicaban—. Pero, chico, qué quieres que te diga...

Nadie consiguió disuadirlo de su postura ejemplar y Armando se dedicó a enviar cosas efectivamente distintas. Encontró un filón temático en las exposiciones. Todos los días, en París se inauguran docenas de exposiciones de pintura, escultura o fotografía, y mientras los demás corresponsales se encerraban con la prensa del día y el Larousse, a

traducir a De Gaulle para sus periódicos, Armando tomaba canapés y alternaba con la crema de la intelectualidad francesa.

Aguantó así un par de años, pero luego estalló Mayo del 68 y Armando seguía mandando cuatro folios diarios de impresiones sobre arte y literatura. París ardía por los cuatro costados, había barricadas en el Barrio Latino, una huelga general paralizaba el país, y todo lo que entraba por télex en la redacción de Madrid era que, definitivamente, la vanguardia pictórica parecía atravesar una fase de profundo y preocupante desconcierto.

El director en persona le telefoneó para comentarle lo que opinaba de la vanguardia pictórica y su desconcierto.

—Estuvo sorprendentemente desagradable...
Una persona tan educada...

A Elena le gustaba pasear a la caída de la tarde. Tomábamos un camino de cabras que discurría

al filo mismo de unos acantilados y desembocaba en una rambla después de alguna revuelta. La rambla era un lugar poco acogedor que ni tenía nombre siquiera, pero la playa sobre la que se abría, sí. La playa sobre la que se abría se llamaba de los enamorados y no era raro tropezarse en ella con alguna pareja que atendía a sus necesidades de prisa y corriendo, sin esmero ni mayor concentración, el cura decía que como perros, pero los perros, no hay más que fijarse un poco, cuando se ponen lo hacen con aplicación y alegría, recreándose en la suerte como corresponde.

Los fines de semana también paraban por allí familias de pescadores. Llegaban por mar; por tierra no había otro acceso que el del camino de cabras, directamente intransitable para aquellas mujeres descomunales que en seguida se dejaban caer a plomo sobre una toalla y empezaban a dar voces y marear. Los maridos solían desaparecer en cuanto podían, a cazar cangrejos, decían, aunque también a veces aguantaban la fiesta aturdiéndose con largos tragos

del vino áspero y cabezón que daba la tierra. Las niñas se sentaban en la orilla. Eran pechugonas, anchas, abundantes en general, y sonreían con coquetería a todo el que quisiera mirarlas mientras sus hermanos sobrellevaban con entusiasmo la misión de aplicar pelotazos y llenar de arena a los demás bañistas. Sobre las ocho, cuando ya José María García les había anunciado que la quiniela era muy fácil, o muy difícil, pero que en cualquier caso no les había tocado, recogían melancólicamente sus bultos y se embarcaban de vuelta al pueblo. Sobre el petardeo de sus pequeñas motoras todavía se oía un rato la voz chillona de la madre, también el restallido de algún cachete suelto, y hasta donde alcanzaba la vista, la playa aparecía cubierta por una marea negra de cortezas de sandía, huesos de pollo, papeles, colillas y latas de cerveza y cocacola.

Entre toda esta basura, Hans, el perro de Elena, retozaba muy a sus anchas. Hans tenía el mismo nombre que un medio pariente mío que vivía en

Stuttgart.

—¿Tienes familia en Alemania?

—No, qué va. Solo este señor, que está casado con mi prima.

—Conozco Stuttgart. Estuve allí de viaje de novios.

—¿De viaje de novios? ¿Estás casada?

—Lo estuve tres años. Fue una experiencia bastante lamentable.

—No tenía idea...

—Del grupo de Madrid eres el único que lo sabe. No es un tema del que me guste hablar.

—Vaya.

A mi medio primo Hans le hacíamos mucha gracia los españoles. Los españoles solemos hacerles por lo general mucha gracia a los alemanes y sucede a veces que hasta se animen a llevarse a algún aborigen de recuerdo. Esta simpática peculiaridad de la raza la aprovechó mi prima cuando ya se quedaba para vestir santos. Ahora, a mi medio primo Hans ya no le

hacemos tanta gracia los españoles. Tampoco a mi prima le hace gracia Hans, pero se aguanta, a ver qué vida...

—¿Y el perro? —dijo de repente Elena.

El perro estaba detrás de nosotros. Se había detenido y permanecía estático, tenso, con las orejas enhiestas.

—Habrá descubierto algún conejo —dije.

—No hay conejos por aquí —rechazó secamente Elena. De pronto tenía la expresión alterada. Los labios le temblaban y miraba desencajadamente para donde el perro se había quedado apuntando. Estaba pálida. Estaba aterrorizada.

—Ahí delante —musitó—, está ahí delante...

También yo busqué en aquella luz incierta, pero delante no había nada: arena sucia, rocas, agua estancada, el mar, nada. Entonces el perro rompió a gemir y la sonrisa se me cerró definitivamente.

—Pero ¿qué pasa?

—Vámonos, por favor —me pidió Elena.

Regresamos al chalet a marchas forzadas. Yo la seguía a duras penas, atropelladamente, por aquel senderucho infame. Hans iba todavía más despelotado, hizo la vuelta en un decir Jesús. El perro de mis padres, que tampoco es Rintintín, pienso yo que habría guardado un poco más las formas; se habría parado de trecho en trecho para ver si aún estábamos detrás, aunque solo fuera.

Emilia pareció comprender en seguida. La llegada en solitario del perro la había alertado y nos esperaba junto a la puerta con gesto inexpresivo. Envolvió a Elena en un abrazo maternal y la acompañó hasta el dormitorio. Nadie pronunció palabra, nadie dijo: pues pasa esto, Andrés, pero yo ya había empezado a atar cabos. Me serví un trago y salí a la terraza.

Debía de referirse a esto, pensé. Elena llevaba ya algunos días con el presentimiento sombrío de que

algo iba a suceder.

—¿De verdad crees en esas cosas, en corazonadas y premoniciones, me refiero? —le había preguntado. Ella asintió con un leve cabeceo. Luego dijo:

—¿Has oído hablar de la escritura invisible?

—No. Nunca.

—Pero sí te habrás parado alguna vez a meditar sobre el sentido de la vida.

—Alguna vez, sí.

—¿Y?

—Bueno —dijo—, la verdad es que así, en general, no parece que tenga mucho. La gente nace, crece, sufre, se reproduce y muere sin motivo aparente.

—No crees en Dios.

—Creo en lo que nos han dejado creer. ¿En Dios? La ciencia no parece necesitarlo para explicar nada. Siempre queda, desde luego, la sospecha de que alguien ha tenido que darle un primer empujoncito al

mundo. Pero también puede pensarse que el mundo es eterno, que ha existido siempre, con lo que no hace falta ningún empujoncito inicial y puede prescindirse de Dios hasta para eso. La ciencia ha relegado la cuestión de Dios al ámbito de los gustos personales... Pero no acabo de ver a dónde pretendes llegar, Elena. Estábamos hablando de premoniciones. Y sigo sin saber en qué consiste eso de la escritura invisible.

Elena se levantó y desapareció dentro de la casa. Volvió en seguida, con un libro de cubiertas verdes que me puso en las manos. Se titulaba *La escritura invisible*.

—Es la Última parte de una autobiografía de Arthur Koestler, un escritor húngaro —me explicó—. Seguramente te sonará. Se suicidó hace algún tiempo, en Londres.

—No he leído nada suyo.

—Koestler estuvo aquí durante la Guerra Civil. Se supone que vino como corresponsal de prensa. En realidad, militaba desde 1931 en el Partido

Comunista alemán y lo que hizo fue enviar a París material que luego se utilizaba en la elaboración de libros de propaganda antifranquista. Él mismo reconoce que la objetividad era lo de menos y que muchas de las informaciones que incluían en aquellos libros provenían de fuentes perfectamente dudosas; pero tampoco los servicios de propaganda rivales eran más escrupulosos. De modo que siguió contando media guerra hasta que, en Málaga, los nacionales lo capturaron y lo internaron en la prisión de Sevilla. Once días después, tres oficiales de Falange le comunicaban que Franco lo había condenado a muerte por espionaje, pero que aún estaban a tiempo de que se le conmutara la pena por la de cadena perpetua. Solo tenía que firmar una declaración elogiando los sólidos principios humanitarios que habían inspirado el alzamiento. Koestler se negó. Los falangistas se fueron y ya no volvió a ver a nadie más durante sesenta días. Todo ese tiempo lo pasó incomunicado en la celda número 40, a la espera de que lo fusilaran.

Muchas noches oía cómo los guardias se llevaban a otros condenados. Algunos se subían a los camiones cantando. Otros sollozaban, o gritaban apagadamente “Madre” y “Socorro”. Una madrugada, el carcelero introdujo la llave en la cerradura de su puerta, pero no llegó a abrirla. Venía por los prisioneros de las celdas 39 y 41, las dos que flanqueaban la suya.

»—Al final —prosiguió Elena— se iba a salvar. Lo canjearon por la mujer de un piloto franquista. Pero Koestler ignoraba que se estuvieran ejerciendo presiones para liberarlo. Su único contacto con el exterior eran las palabras que ocasionalmente cruzaba con el carcelero, a Quien tenía muy intrigado el que un hombre tan educado pudiera ser de verdad un rojo. El resto del día lo pasaba apoyado junto a la ventana de la celda. Se daba cuenta de que cualquier noche podían subirlo a él también a uno de aquellos camiones. Cada día era el día del Juicio Final. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Ninguno. La vida era un cuento narrado por un idiota, una historia absurda en

la que los niños eran arrollados por las bombas y a los campesinos andaluces se les fusilaba regularmente, mientras a los periodistas húngaros se les pedía que firmasen papeles en los que se hablaba de sólidos principios humanitarios. Y sin embargo...

»—Sin embargo, una idea iba tomando poco a poco cuerpo en la cabeza de Koestler. La existencia era, desde luego, un cúmulo desordenado de acontecimientos, no tenía pies ni cabeza. Pero ¿no había sucedido lo mismo con el mundo de la percepción sensorial, con la realidad tal cual nos la presentaban los sentidos? ¿No había vivido el hombre durante siglos convencido de que el sol se hundía todas las noches en el mar, de que la tierra no se movía y las estrellas eran pequeños puntos de luz fijados en una bóveda negra? Ahora sabíamos que todo esto no eran más que ilusiones. Constituían un primer orden de la realidad que la ciencia había ido envolviendo en conceptos, en fenómenos no directamente perceptibles (como la gravitación o la deriva de los

continentes o la evolución) hasta organizar un universo, una realidad de segundo orden que contenía y daba sentido al primer orden. Koestler se preguntó entonces si ese segundo orden sería el final del camino, si no existiría otro más por encima, una realidad superior a cuya luz la existencia cobrase sentido, del mismo modo que las absurdas piezas sueltas del mundo sensible lo habían cobrado gracias a la ciencia. La idea resultaba seductora. El problema era cómo aprehender ese tercer orden de la realidad. Los sentidos nos ponían en contacto con el primero; los conceptos, con el segundo. Pero nada nos llevaba hasta esa realidad última. Aquello era un texto escrito con tinta invisible del que solo en contadas ocasiones nos era dado leer alguna palabra, alguna frase suelta.

—¿En qué ocasiones? —pregunté. Elena hizo caso omiso de mi interés por los detalles prácticos.

—Koestler, ya te digo, se salvó finalmente gracias a una operación de canje. El solo hecho de haber permanecido preso en una cárcel franquista lo

convertía en un sujeto sospechoso a los ojos del Partido. Cualquier cosa podía haber sucedido, efectivamente, durante su cautiverio; no sería la primera vez que un condenado a muerte se pasa a las filas enemigas con tal de salvar la vida. Así que tuvo que someterse a un interrogatorio de rutina. No fue nada desagradable. Se celebró en un café de París y apenas duró una hora. Todo marchó perfectamente, pero la formalidad deprimió a Koestler. De repente se dio cuenta de que le importaba muy poco que el aparato siguiera confiando en él. Su fe revolucionaria se venía abajo por momentos. No era ya solo que le disgustase el funcionamiento interno del Partido, con sus consignas herméticas, sus suspicacias y sus periódicas purgas. Había viajado por la Unión Soviética y lo que había visto no le había gustado. Luego, durante la elaboración de una novela, sus dudas habían llegado más lejos, hasta la misma base teórica del marxismo.

Hizo una pausa, me miró, sonrió.

—Era una novela de romanos —dijo. Volvió la frente hacia el mar y siguió hablando de Koestler.— La Guerra Mundial había terminado y ahora era ya un autor respetable, que vivía en Londres y escribía libros que no tenían nada que ver con la política. Retomó su idea de la escritura invisible. Antes me has preguntado por las veces en que nos es dado leer alguna palabra o alguna frase suelta. Piensa en las casualidades. ¿No te has fijado nunca en que los acontecimientos de naturaleza similar tienden a agruparse en el tiempo, formando rachas? Hace siglos que la tradición popular recogió esta circunstancia en una frase que habrás oído muchas veces: las desgracias nunca vienen solas. Y parece como si, efectivamente, los aviones y los trenes se pusieran de acuerdo para estrellarse todos a la vez.

—¿Y esas son las famosas manifestaciones de una realidad superior?

—Es solo un ejemplo. Pero no hace falta irse muy lejos para encontrar otros más inquietantes.

¿Sabías que las estadísticas prueban que el número de billetes cancelados es mucho mayor en los vuelos que sufren accidentes que en los que llegan a su destino sin novedad? ¿Sabías que un novelista relató el hundimiento del Titanic con todo lujo de detalles y trece años de antelación? Son solo coincidencias, claro. Pero coincidencias que se parecen a premoniciones como un huevo a otro huevo.

Recordé entonces la revista que había sobre la mesa de aquella terraza el día de mi llegada a Horcal. El párrafo subrayado en rojo hablaba de uno de estos casos: el de un grumete al que sus compañeros de naufragio habían devorado, reproduciendo minuciosamente un argumento desarrollado por Poe cincuenta años antes. Iba a comentarlo, pero Elena no me dejó meter baza.

—Durante años —decía—, la ciencia ha hecho del azar una especie de principio organizador del universo. Todo lo explicaba el azar: la formación de las galaxias y las estrellas, la aparición de los sistemas

planetarios, el origen de la vida y su evolución. Nosotros mismos éramos el resultado de una serie de accidentes, no había nada que no pudiera el omnímodo azar. Alguien llegó incluso a sugerir que, si se dejase a una horda de chimpancés aporrear máquinas de escribir durante el tiempo suficiente, acabarían reproduciendo las obras de Shakespeare.

»—A nadie se le ocurrió entonces objetar si tendría el universo conocido espacio bastante para meter a tanto mono, tanta máquina de escribir y tantas papeleras como harían falta. La objeción surgió después, cuando se aplicó una matemática rigurosa a las teorías sobre el origen de la vida. Se descubrió en seguida que, para ensamblar moléculas inorgánicas hasta dar con alguna forma elemental de materia orgánica, había que tener mucha puntería. Las probabilidades de que ello sucediera por sí solo eran de un uno contra varias páginas llenas de números. El azar no era ya la diosa ciega de los romanos, sino una señora que sabía muy bien dónde daba cada uno de

sus bastonazos.

—Perfecto —repuse—. Pero una cosa es que el origen de la vida esté sujeto a algún tino de plan superior y otra, que lo esté también el que los aviones se caigan, o el hundimiento del Titanic.

—Nadie ha hablado de planes superiores —dijo—. No pretendo demostrar la existencia de Dios. Solo he dicho que la vida está llena de casualidades significativas.

—Pero sí has mencionado una misteriosa escritura invisible, y una realidad de tercer orden.

Mi réplica la traspasó limpiamente. Quiero decir que le entró por un oído y le salió por otro. Me miraba, pero era evidente que no me veía.

—Cuando mi padre murió —dijo de repente—, yo tenía quince años. Estaba en Suiza, en un internado para señoritas. Una noche soñé con él. Soñé que estábamos en el cuarto de baño. Era por la mañana, temprano. Mi padre se estaba afeitando y yo me peinaba. De pronto se oía un ruido sordo, un

estallido, y empezaba a manarle sangre por la boca, sangre a borbotones, mientras lentamente se doblaba sobre sí mismo y moría. Me desperté aterrorizada. Ya ves tú, la gente suele decir que cuando sueñas con alguien que muere le estás dando más vida. Al mediodía, la celadora me sacó del comedor para decirme que mi padre se había puesto enfermo y que tenía que volverme a Madrid. En el aeropuerto me esperaba Norberto, ya le conoces, el médico de Horcal. Me pasó el brazo por el hombro y me dijo que había que ser fuerte. Mi padre acababa de morir. Se le había reventado la aorta aquella mañana, mientras se afeitaba.

El recuerdo la había emocionado. Tenía los ojos cargados y moqueaba. Dijo: perdona, y se sonó delicadamente la nariz. Yo nunca he sabido muy bien qué es lo que se dice en estas situaciones. Pensé que lo más fácil era meter la pata y me entregué a un estudio apasionado del cenicero. Era un interesante cenicero de loza, artesanalmente decorado con

motivos florales. Las flores estaban hechas un poco a la pata la llana, casi ni parecían flores. Se conoce que el artesano había empleado unos pinceles demasiado gruesos, unos pinceles pensados más bien para decorar botijos, por ejemplo. Se me ocurrió que si yo tuviera que vivir de estas cosas, decoraría sobre todo botijos. Son más agradecidos. Claro que, hoy en día, seguramente encontraba más salida un cenicero que un botijo.

—Desde entonces —dijo por fin Elena—, he tenido otros sueños. Ninguno ha sido ya tan claramente premonitorio como aquél. Pero sí que me han proporcionado pistas sobre el futuro. Sé, por ejemplo, que cuando uno de ellos se repite varias noches seguidas, algo está a punto de suceder.

—¿Algo? ¿El qué?

Elena denegó con la cabeza.

—Nunca se sabe. La escritura invisible no suele proporcionar detalles concretos.

Y añadió enigmáticamente:

—Quizás alguien va a venir.

Una semana había pasado desde aquella conversación. Nadie había vuelto a mencionar escrituras invisibles, premoniciones, sueños ni casualidades significativas. Tampoco se había presentado nadie. Nadie de carne y hueso, al menos. ¿Qué era lo que acababan de ver Elena y Hans en la playa de los enamorados?

Miré el reloj. Llevaba cerca de una hora atando cabos al relente de la terraza. Elena seguía en su habitación y Emilia preparaba la cena. Iba y venía por la casa, acarreando platos y cubiertos con esa expresión que debía de haberle dejado algún oscuro drama de pueblo. Mis relaciones con ella habían mejorado, pensé. Ya no me azuzaba al perro, por ejemplo.

Por fin, sobre las diez, apareció Elena. Se sentó a la mesa sin decir palabra y comenzó a tomar la sopa. Era una sopa clarita, con un huevo escalfado

flotando como una medusa en medio. Yo intentaba acabar con aquel huevo y lanzaba breves miradas por encima del plato a Elena. Seguía quebrada de color. Le había preguntado qué tal se encontraba y me había respondido encogiéndose de hombros y torciendo tristemente el gesto. Se me ocurrió que quizá la distrajera oír tribulaciones de novelista. Le dije que mis romanos se me desmandaban por momentos. Un personaje en particular me traía de cabeza: Nereo, el preceptor macedonio. Para empezar, este señor se negaba a acatar su condición de figurante y llevaba ya varios folios haciendo y diciendo exactamente lo que le venía en gana. Y luego estaba su temperamento: me había salido como muy moderno, existencialista casi, y no veía yo la manera de convertirlo al cristianismo.

—¿Y para qué quieres convertirlo? — preguntó Elena.

—No sé —dije—. En todas las historias de romanos hay un preceptor cristiano. Es una convención de género, como los leones. Además,

alguien tiene que llevar la nueva fe a mis protagonistas. Hombre, siempre queda el recurso de la esclava, ya sabes: coges a una esclava creyente y atractiva y se la metes en la cama al joven y alocado patricio. Este se enamora perdidamente y la necesidad de legitimar su pasión interclasista lo lleva suavemente al convencimiento de que, efectivamente, todos los hombres deben de ser iguales. Así es como se las han arreglado generalmente los novelistas tradicionales: del amor concreto por una esclava pasaban al amor abstracto por la humanidad. Como recurso literario, no está mal; pero como explicación general, esta difusión del cristianismo colchón por colchón parece poco realista.

Elena me espetó bruscamente:

—¿Y tú qué estás escribiendo? ¿Una novela o una tesis sobre los orígenes del cristianismo?

“Que yo no te he hecho nada”, pensé, y dije:

—Solo trato de hacer las cosas con un poco de sentido común...

Íbamos ya por el segundo plato: salchichas y puré de patata. Las salchichas estaban poco cocidas y se rompían en la boca con un leve chasquido. Eso, y el rumor del mar, fue todo lo que se oyó hasta los postres. Entonces Elena me soltó a boca de jarro la pregunta. Me preguntó si creía en los fantasmas.

—Estoy hablando en serio —añadió, y no había más que fijarse en su expresión para darse cuenta de que no bromeaba.

—Hombre, Elena —respondí—. Yo soy un materialista y ¿qué quieres que te diga? Desde un punto de vista teórico, un fantasma es un absurdo. Ahora, desde un punto de vista práctico, el asunto es completamente distinto. ¿Hay alguno ahora mismo por aquí?

—No, pero esta tarde sí que lo ha habido. En la playa.

—Yo no he visto nada.

—No tardarás en escucharlo.

—En escuchar ¿el qué?

—Los ruidos que hace. Es muy escandaloso. Golpea las paredes, abre y cierra las puertas, silba... Pero no te preocupes. Es absolutamente inofensivo.

Emilia acababa de retirarnos el postre y servía el café. Estaba oyendo todos aquellos disparates y no había en su rostro el menor asomo de extrañeza. Quizás pensaba: los señoritos están como cabras, pero no parece que vayan a ponerse a gatear sobre la mesa inmediatamente.

—Y dices tú que silba —dije—. ¿Qué silba? ¿Alguna pieza clásica? ¿O prefiere la música moderna?

Elena sonreía a duras penas cuando respondió:

—Ravel, silba siempre la *Pavana* de Ravel. La *Pavana para una infanta difunta*.

Una de las primeras cosas que había hecho, nada más llegar a Horcal, había sido visitar a Jose Octavio. Jose Octavio debía de llevar ya como dos años en Horcal y nadie en el café sabíamos muy bien a

qué se dedicaba. Elena lo conocía, pero no de Madrid. Elena lo conocía de haber coincidido con él en algún sarao del pueblo.

—Me parece que anda un poco despistado, Jose —comentó.

Me lo había estado describiendo como un chico despierto y culto, simpático, cariñoso; pero luego había añadido aquello del despiste y, de un solo golpe, todos los hilos sueltos de una personalidad brillante habían quedado anudados en el retrato de un perdedor. Por lo visto, Jose había medido mal sus fuerzas antes de meterse donde se había metido y ahora no sabía salir. ¿Y dónde era que se había metido? Elena me dio el nombre de un bar: Estrómboli.

—Está en la carretera de Mazarrón —me explicó—. No tiene pérdida, en seguida verás los letreros.

—Estrómboli —dije—. Eso es un volcán, ¿no?

—Sí, un volcán italiano. La dueña del bar es

de Sicilia. Se llama Laura, Mantiene a Jose desde hace un año.

—Es una mecenas...

—No. Es una prostituta.

Cuando me lo presentaron, Jose llevaba el pelo engrasado y gastaba gafas oscuras y ropa cara, con mucho cocodrilo y mucho caballito bordado encima. Tenía una novia que era una hermosa mujer, una novia alta y rubia que atendía por Pocho, pese a disponer de media docena larga de nombres perfectamente normales, y que daba bastante la lata con que Jose tenía que acabar sus estudios de medicina. Jose había dejado la carrera colgada en segundo. Una tarde, en la sala de disección, le sacaron de las tripas a un cadáver un carcinoma grande como una pelota de tenis. El profesor babeaba de emoción, comentó: qué hermoso, y le pidió a Jose que le acercara un frasco con formol. Jose estaba a su lado, pálido. Dijo: en seguida, pero nunca llegó hasta los

frascos con formol. Cayó redondo a medio camino.

—Ya no volví a aparecer más por la facultad. ¿Para qué? A mí todo aquello me daba asco, yo lo único que quería era ser escritor.

A Jose le habían puesto entonces sus padres una guardilla por el barrio de Malasaña y allí hacía mucha vida social y escribía a salto de mata sobre todo lo que le llamaba la atención, generalmente cuentos y preferentemente con algún muerto dentro. “Tengo un talento morboso, se conoce”, decía, y luego te contaba lo que el señor Bogliolo, su profesor de francés y latín durante el bachillerato, le había dicho una vez a su madre:

—El francés se le resiste un poco, por la ortografía, más que nada, y por las redacciones, también. No es cómo escribe, escribir no escribe mal; es lo que escribe: siempre desgracias. Si les digo: para el lunes me traéis un ejercicio sobre un partido de fútbol, por ejemplo, en el suyo los jugadores salen en camilla, apedrean a los linieres, le dan mil palos al

árbitro. Y si es sobre las vacaciones, en lugar de hablarme de excursiones y de vacas, como todo el mundo, me ahoga a los bañistas o me llena de tiburones la playa...

—¿Y el latín?

—No el latín se le da muy bien. Como es una lengua muerta...

Con aquel niño pijo me había yo pateado medio Madrid discutiendo de todo lo divino y lo humano. Según fuera el tiempo, acabábamos bien en algún bar de por la Gran Vía, bien en una terraza del Dos de Mayo. El Dos de Mayo ya estaba entonces lleno de yonquis y perros sueltos. Los yonquis sesteaban al sol detrás de sus gafas oscuras y bebían cerveza, y los perros buscaban pendencia y se aliviaban allí donde primero los agarraba la necesidad, le tenían levantado a la puerta del Parque de Artillería un cerco defensivo de deposiciones a cuyo alrededor zumbaban las moscas y los niños. Bonaparte y sus mamelucos no habrían pasado esta vez.

Jose y yo solíamos hablar de literatura. A Jose le intrigaba profundamente el misterio de la vocación: ¿por qué escribimos?

—Antes todo era más sencillo —me decía—. Piensa en el siglo pasado: las novelas eran todavía ejemplares, Tolstoi estaba convencido de que la literatura tenía por objeto el perfeccionamiento moral del individuo y Gorki veía en el escritor a una especie de guía que debía ayudar a la humanidad a elevarse por encima de sus pasiones terrenales y encontrar la ruta que, al parecer, había perdido. Pero ahora ¿de verdad crees tú que una novela o un poema pueden hacer mejor a nadie? Las grandes obras de la literatura encierran experiencia de la vida, y la experiencia de la vida enseña siempre lo mismo: que la naturaleza humana es débil y que el mundo no tiene remedio. Leyendo *Ana Karenina* o *Madame Bovary* aprendes a ser más prudente, menos generoso, por no hablar ya de *El Quijote* o de *Misericordia*. Si había en mí alguna vocación heroica, la gran novela la ha matado.

También los días del socialrealismo habían pasado.

—Los escritores no vamos a cambiar nada. Podemos, desde luego, llamar la atención sobre las injusticias y los abusos del mundo, pero no creo que eso sirva más que para crear un cierto malestar de conciencia, totalmente pasajero, por otra parte. En ese sentido es mucho más eficaz el periodismo. O una tertulia de café. En los cafés de Madrid se han cocido durante años las grandes decisiones políticas que han sacudido este país. Fíjate en Alfonso XIII. Abdicó después de unas municipales que no perdió. En realidad, en aquellas elecciones los monárquicos habían obtenido cinco veces más concejales que los republicanos. El campo votó mayoritariamente a favor del rey, pero las grandes ciudades lo rechazaron. En estricta democracia, la República nunca debió instaurarse. Cuando Josep Pla le comentó estos resultados a Francisco Cossío y le preguntó si no valían lo mismo la opinión de un campesino y la de un

madrileño o un barcelonés, Cossío le respondió que naturalmente que no. Le dijo: “En España siempre han pesado más las tertulias de los cafés de Madrid que cualquier interés nacional auténtico.” No creo que nadie pueda decir nunca nada parecido de una novela.

»—No —proseguía—, si lo que de verdad le preocupa a uno son las grandes cuestiones de la humanidad, antes o después tendrá que reconocer que lo más práctico no es hacer novelas. En el fondo, ése ha sido siempre el problema de la literatura, y del arte en general: que no tiene una utilidad específica. Platón iba todavía más lejos. Platón afirmaba directamente que el arte no servía para nada. Su argumentación era un poco pedestre. Decía, por ejemplo, que sobre la pintura de una cama no se puede dormir. Pero no debía de faltarle algo de razón cuando la humanidad no ha dejado de producir desde entonces una Teoría del Arte detrás de otra. ¿Tú has oído alguna vez hablar de una Teoría de la Fontanería o de una Teoría de la Albañilería? Nunca. Todo el mundo sabe para qué

valen un fontanero o un albañil. Mientras que un poeta...

—Y sin embarco, escribimos —le decía yo.

—Sí. Y me encantaría saber por qué.

Al año de conocernos, Jose tenía reunida una buena colección de papeles. Una tarde me invitó a examinarlos. Me dolió comprobar lo que ya sospechaba: allí no había nada consistente, nada definitivo. Salvo algún poema suelto y media docena de cuentos, todo eran borradores, notas, esquemas, obras de teatro inacabadas, los capítulos iniciales de tres o cuatro novelas.

—Ahora estoy con la adaptación de un relato de Wilde —me dijo.

Jose siempre estaba ahora con algo, pero no remataba nunca nada. En el café ya nadie lo tomaba en serio. Ramón me decía:

—A este chico, lo que de verdad le gusta es figurar. No escribe por el placer de escribir, sino para

poder ir luego por ahí tirándose el folio de que es escritor. Le encanta invitar a sus amiguitas al piso que le ha puesto papá y alardear de bohemio delante de ellas; enseñarles la máquina de escribir y los ceniceros llenos de colillas y darles a entender: “Ya veis, todavía quedan seres heroicos que renunciamos a las seguridades burguesas y nos lanzamos a una existencia incierta en aras de la Belleza y el Arte...”

Algo de eso había, desde luego. Pero algo de eso había también en Ramón y en Alexis y en mí. Además, ahí estaban sus reflexiones, todas orales, eso sí, sobre literatura. Jose no era ningún idiota.

—Claro que no —replicaba Ramón—. Pero para escribir no basta con ser inteligente y culto. Es un problema de temperamento sobre todo; temperamento del que Jose carece, evidentemente. Ya verás tú como, en cuanto la vida le aplique dos pescozones seguidos, corre como un conejo a meterse debajo de la falda de su mamá y su papá lo coloca en alguna empresa de la familia... Sí, hombre, sí, Andrés: esas cosas tan

profundas que él te cuenta sobre la violenta pasión de escribir que lo posee son historias chinas, le durarán lo que tarde en asomar las orejas el lobo.

Yañadía:

—Si es que antes no le pega fuego al pisito durante una de esas juergas que organiza...

Porque ésa era otra: Jose perdía las mejores horas de cada día, ésas que había que consagrar a escribir, reponiéndose de la borrachera anterior o agarrando la siguiente.

Yo repasaba aquellos papeles y pensaba en todas estas cosas mientras Jose fumaba despreocupadamente y me exponía desde un sofá sus últimas conclusiones sobre el sentido de la literatura.

—Fíjate lo que leí anoche —me decía echando mano de una revista—. Es una entrevista a Manuel Puig, el de *El beso de la mujer araña* y *Boquitas pintadas*, ya sabes. Dice, hablando de su pasión por el cine: “Donde vivía, en aquel pueblo de la pampa, la realidad era incomprensible y, sin embargo,

las películas eran algo que se entendía muy bien. Yo en el cine entendía el mundo, en el pueblo, no. En el cine, en la sala, era donde yo me había sentido cómodo en mi vida. Todo en el cine era una realidad muy clara”.

Devolvió la revista a la mesa baja de donde la había cogido y prosiguió entusiasmado:

—¿Te das cuenta? “Yo en el cine entendía el mundo, en el pueblo, no”. Ahí está la clave, una de las claves, al menos, que explicarían por qué el arte ha sobrevivido a pesar de su aparente inutilidad. La ficción, lo mismo da que sea una película o una novela, ordena la realidad, le pone un arriba y un abajo, un antes y un después, la hace inteligible. Sin la ficción, el hombre se hallaría indefenso ante el caos que lo rodea, no se enteraría de nada, yo creo que hasta enloquecería, o se convertiría en un salvaje.

—¿Y la ciencia? ¿Y la filosofía? —objeté—. También ellas ordenan la realidad.

—La ciencia y la filosofía son disciplinas

técnicas. Como vías de conocimiento superan en precisión y eficacia a la ficción, desde luego; pero se ocupan de cuestiones demasiado específicas o demasiado generales. Te explican cómo funcionan las neuronas o para qué existe el amor, pero no por qué Ana Karenina se enamora del conde Vronski. No le ponen carne y hueso a las cosas. No te hablan de ti.

El timbre de la calle lo interrumpió. Era Pocho. Me dio la impresión de que mi presencia no la hacía feliz. El humor acabó de agriársele del todo cuando Jose le anunció que esperaba a más gente. Se quedó parada en medio de la habitación.

—Pensé que ibas a pasar la tarde escribiendo —comentó con decepción. Traía en la mano el envoltorio de una pastelería. Lo tendió hacia Jose y dijo: “Te había comprado una merienda.”

Jose se sintió claramente cogido en falta. Bajó la frente, balbució: “Ya, sí, bueno, pero...”, se encogió de hombros, “me ha llamado Antonio...”, alzó la vista, sonrió.

—Ponla por ahí —dijo finalmente.

Pocho se llegó hasta la cocina, arrojó literalmente dentro la merienda y se sentó en el sofá. Jose seguía de pie, junto a la puerta de la calle. Ahora estaba irritado.

No soy un experto en mundología, pero me di cuenta de que se imponía una retirada.

—Me voy —dije.

—Adiós —replicó inmediatamente Pocho.

Jose intentó retenerme, por fastidiar a su novia más que nada, supongo. Hubo un pequeño forcejeo y ya casi había ganado la escalera cuando, de repente, sonó el timbre e irrumpió en el apartamento como una veintena de individuos.

—Ahora vienen los otros —dijo uno de ellos.

Llegaron a juntarse hasta cuarenta personas. Yo conocía solo a un par de ellos, y dudo que Jose y Pocho conocieran a muchos más. Eran gente joven, alegre y despreocupada, y no se anduvieron con

grandes ceremonias: pasaron directamente a la cocina y ellos mismos se sirvieron las cervezas, pusieron el tocadiscos a todo volumen y empezaron a comentar a voz en cuello lo deprisa que habían bajado de Torrelodones en sus poderosos vehículos turboalimentados.

—Son mi grupo de la Sierra —me explicó Jose. Tenía a su lado a un tipo corpulento y cejijunto que lo miraba todo con una expresión profunda de buey. Se llamaba Iñigo. Jose le aplicó un palmotazo en la espalda y me contó alguna de sus hazañas. Al parecer, Iñigo llevaba ya varios años dedicado profesionalmente a las broncas de pueblo. Entraba a lo mejor en una discoteca de Villalba y, en cuanto advertía que algún lugareño se fijaba en sus amigas, le espetaba:

—¡Eh, tú! ¿Qué miras?

—¿Yo? Nada, nada... —solían responderle.

—¡Ah, bueno! Porque es que las tías de Torrelodones son para los de Torrelodones.

—Ya, ya, claro...

—Y las de Villalba, también.

—¡Pero qué hablas, tío! —decía el otro, dejando el vaso sobre la barra y echando el cuerpo hacia adelante.

Y entonces Iñigo le soltaba un puñetazo y le partía la cara.

Hice constar prudentemente una discreta admiración y Jose le dio otro palmotazo en la espalda.

¿Verdad, Iñigo? —le dijo.

Iñigo sonrió incómodo, sinceramente turbado por las explicaciones de Jose, y le reprochó alguna exageración.

—No siempre consigo romperles la cara —precisó con modestia—. Eso fue una vez...

La masa humana inicial había ido descomponiéndose en pequeños grupos en los que se defendían apasionadamente las ventajas de los todo—terreno japoneses sobre los europeos o se hablaba de música y fútbol. Las mujeres habían formado tertulia

aparte. En medio de ellas, Pocho presentaba un aire ausente y preocupado. Jose lo advirtió y compuso gesto de contrariedad.

—En el fondo, tiene razón —me confió—. No hago nada en todo el día. Llevo ya un año encerrado aquí y ¿qué he sacado en limpio? Un montón de folios llenos de garabatos. Nada.

Se encendió un cigarro.

—Quizás me convenga un cambio de aires. Aislarme en algún pueblo perdido de la costa, lejos de todo este follón, centrarme de una vez para siempre...

Permaneció en actitud reflexiva durante unos instantes y luego exclamó:

—Pero ¡qué coño! También hay que vivir. ¿Qué quieres tomar?

Yo era definitivamente partidario de un buen güisqui con hielo, pero en cuanto Antonio nos vio agarrar la botella, cayó sobre nosotros como un rayo y nos la quitó de las manos.

—¿Qué hacéis, desgraciados? —gritó.

Antonio era un individuo bajito. La barba le brotaba aquí y allá, rala y sin mucha convicción, pero tenía un bigote hermoso, un bigote de una frondosidad tropical que casi se le salía de la cara. Antonio venía a ejercer un poco de coordinador general de borracheras del grupo aquel. Nos explicó que si empezábamos directamente por el güisqui, estaríamos subiéndonos por las paredes antes de media hora. Jose me miró. La perspectiva no parecía desagradarle demasiado. Dijo: claro, y yo asentí con un leve cabeceo.

—¿Cómo que claro? —bramó Antonio—. Y los demás ¿qué?

Lo bonito era, por lo visto, llegar todos juntos a la inconsciencia.

—No tenía ni idea —me disculpé.

Antonio me miró con condescendencia.

—Toma, anda —dijo por fin, mientras me ponía en la mano una cerveza. Luego añadió—: Emborracharse no es ningún deporte. Tiene sus reglas,

existe un método empíricamente establecido que garantiza unos resultados científicos.

A mí todo aquello me parecía naturalmente perfecto, pero yo detestaba la cerveza, lo único que pretendía era tomarme un güisqui con hielo. Intenté hacérselo ver, pero no hubo manera de colocar una palabra. Antonio estaba engolfado en una florida exposición sobre los fundamentos de la borrachera científica y avanzaba resueltamente hacia la superación definitiva de todos los males de la humanidad.

—Mira —me decía—: la borrachera científica es un estadio superior de la conciencia humana. El alcohol nos llena de confianza y nos ayuda a transgredir las barreras que habitualmente coartan la comunicación del sobrio. El alcohol hermana, ignora las diferencias de clase, raza, sexo o religión y realiza el viejo sueño de una sociedad comunista sin necesidad de pasar por las incomodidades y el polvo de una revolución...

No sé bien cuánto tiempo siguió en ese mismo tono delirante. Creo que luego pasó a aspectos más técnicos: lo que debía beberse y cómo, los alimentos que convenía ingerir entre medias, etcétera. Recuerdo también que mi copa no acababa nunca de vaciarse del todo. Y supongo que, en algún momento, aquella metódica administración de cerveza minó mi escepticismo, porque, cuando Antonio me demostró, papel y lápiz en mano, que la energía de una borrachera (E) era igual a la cantidad de alcohol bebido (C) partida por la masa del bebedor (M), yo sentía unos deseos incontenibles de prorrumpir en aplausos y de abrazar a todo el mundo.

—¡Claro! —exclamé entusiasmado a la espera de otras revelaciones, pero Antonio se limitó a mirarme y sonreír. Me miraba y sonreía con la cabeza levemente ladeada. En la mano derecha sostenía a media altura un vaso vacío y el brazo izquierdo le colgaba inerte a lo largo del cuerpo.

Me miraba y sonreía y yo ya empezaba a

aburrirme, así que le concedí cortésmente algunos minutos más y luego lo apoyé un poco contra la pared, para mejorar su estabilidad, y me fui. Mi ausencia no parecía molestarle mucho, de todas formas. Dos horas después, aún seguía allí, sin mayor novedad. Solo el vaso vacío había desaparecido. Alguien se lo había cambiado por un florero que Antonio sostenía siempre a media altura, con la misma sonrisa y el mismo ladeamiento de cabeza.

Me resulta difícil precisar cómo acabamos metidos en aquel pilón. Estaba desde luego fuera de Madrid. Recuerdo a Jose con los pantalones remangados hasta la rodilla, chapoteando con una piedra en la mano detrás de aquellos peces rojos, explicándome muy serio que así los había visto pescar en un documental del UHF, y organizando un barullo considerable. Recuerdo también las ventanas del vecindario llenándose de cabezas despeluzadas que nos gritaban gamberros y amenazaban con avisar a la

policía.

Y recuerdo por fin la expresión de profunda tristeza con que Pocho lo observaba todo a distancia.

Pocho rompió con Jose dos días más tarde.

—Por lo menos ha tenido la delicadeza de esperar a que se me pasara la resaca —me comentó con cinismo. Luego añadió que, en el fondo, ya se lo esperaba, que no podía decir que lo hubiera cogido por sorpresa. Pero la verdad es que no terminaba de creérselo del todo. Estaba desconcertado. Por primera vez, la vida lo maltrataba de alguna manera y, mientras callejeábamos en silencio por el Madrid de los Austria, yo pensaba en las palabras de Ramón: “Ya verás tú como, en cuanto la vida le aplique dos pescozones seguidos, corre como un conejo a meterse debajo de la falda de su mamá.”

Dimos dos vueltas completas a la Plaza Mayor y luego bajamos hasta Sol. Sol estaba en obras. Un periodista holandés que había pasado por España

hacia poco había dejado escrito que la Puerta del Sol, en “aras de la construcción de aparcamientos y reorganización general, ha sido destruida mucho más gravemente de lo que jamás lograsen los bombardeos.” Tenía razón, probablemente.

Propuse tomar algo y nos metimos en un bar de la calle Arenal. Era un bar normal y corriente. Quiero decir que había servilletas sucias y huesos de aceituna por el suelo, que olía a calamares fritos y que, si le echabas mucho entusiasmo al apoyarte en las mesas, te quedabas pegado. Los camareros sobaban también bastante todo el género que se despachaba. Luego se restregaban las manos en un mandil de color incierto, y en paz.

Jose pidió un té. No dio más pistas, así que le sirvieron una taza llena de leche, con el sobrecito y una rodaja de limón dentro.

Jose se bebió aquel yogur, de todas formas, sin protestar.

Tampoco dijo nada cuando le pregunté por

esa adaptación de Wilde en la que andaba metido. Se miraba fijamente los zapatos y fumaba sin descanso un cigarro tras otro.

—Supongo que se asustó —soltó, por fin, de repente.

—¿Quién?

—Pocho. Y no puedo reprochárselo. ¿Te has parado tú alguna vez a considerar seriamente lo que es la vida material del escritor en España? Yo he estado en casas de escritores, de escritores consagrados, de esos que vienen en las enciclopedias y en los manuales de bachillerato. Y me he dado cuenta de que Umbral no exagera cuando escribe que las casas de la gente son tristes en general, pero que las de los escritores son directamente deprimentes. No se sale nunca de un modesto confort de metalúrgico escribiendo, Andrés. Y ya no sé si compensa tanto sacrificio por acabar algún día en el Espasa.

—¿Qué vas a hacer, entonces? ¿Volver a estudiar? ¿Conseguir un trabajo?

Jose se encogió de hombros. Dijo solo: no, y pidió la cuenta. Luego, antes de salir a la calle, me explicó que por lo pronto pensaba irse de Madrid.

—Es algo que tenía proyectado desde hacía tiempo, ya te lo he contado muchas veces: una casita junto a la costa, la máquina de escribir y pocas distracciones. A la vuelta ya sabré si valgo o no para este maldito oficio.

No llevábamos andados más de un centenar de metros cuando se detuvo bruscamente y añadió:

—No, no voy a correr como un conejo a meterme debajo de la falda de mi mamá. Díselo a Ramón, por favor.

3

La historia de Laura, la dueña de Estrómboli, era muy sencilla. Había ejercido la prostitución prácticamente desde que tenía uso de razón. La había ejercido siempre con un gran sentido de la profesionalidad, por encima de credos, idearios y banderías, y las cosas le habían rodado con salud y alegría hasta que los americanos entraron en Italia, en el 43, y tuvo que abandonar el país con alguna precipitación. Sus compatriotas la acusaban de haber colaborado con las tropas de ocupación alemanas durante la guerra, y ella desde luego no le había negado nunca hospitalidad a nadie que hubiera estado en disposición de pagársela, fuese o no miembro del Africa Korps. Podía haber alegado que de su dinero habían comido muchas mujeres y muchos hijos de los que ahora bajaban de los montes clamando con muy malos modos. Pero vio los ánimos bastante exaltados y prefirió no entrar en mayores explicaciones: aceptó la

invitación de un comandante nazi y se embarcó con él rumbo a España.

Traían algunos ahorros y supieron sacarles partido evolucionando con el paisaje político. Durante la fase autárquica del franquismo, la del bloqueo internacional y la carne argentina, se dedicaron al estraperlo. Luego vinieron los días de la estabilización y la apertura de fronteras, y Laura y su comandante se metieron en asuntos de importación. El dinero lo mandaban a una cuenta numerada en Suiza, pero Laura ya consideraba la posibilidad de mejorar su rendimiento invirtiéndolo en negocios inmobiliarios, cuando el alemán falleció y se descubrió que en el banco aquél de Ginebra no quedaba un duro. El nazi había dejado al parecer mujer e hijos por Renania o así. Nunca habló de ellos con nadie, jamás les escribió, ni ellos le escribieron a él; pero a través de un abogado les hizo llegar unos papeles con los datos de la cuenta y un poder para disponer libremente de sus ingresos. Fue probablemente este mismo abogado quien les

comunicó la muerte del padre y les aconsejó retirar todo el dinero antes de que Laura pudiera echarle mano.

—Así que otra vez estaba en mitad del arroyo —me explicó Jose—. Solo que ahora rondaba la cuarentena... ¿Qué podía hacer? Tenía una casita en Horcal. Le colgó un farolito rojo en la puerta, contrató a algunas chicas rebotadas del servicio doméstico y creó Estrómboli.

—Pues yo no he visto ningún farolito rojo.

Estábamos sentados en la terraza de Estrómboli. La terraza tenía tres niveles que se escalonaban desde la casa hasta una playa de piedras menudas y traslúcidas como granos de arroz. Esto tan delicado de las piedras menudas y traslúcidas como granos de arroz no es ninguna prueba de dominio del idioma o de capacidad lírica. Esto tan delicado supongo que se nos ocurría a todos cuando leíamos lo que decía aquel letrero de regulares proporciones.

Playa del arroz, ponía. Había estado paseando por ella mientras subían a buscar a Jose. Jose había perdido peso, pero no tenía mal aspecto.

—El farolito rojo se cayó hace mucho —me respondió—. Esto es ahora un sitio respetable. Ya te digo que Laura ha sabido evolucionar con los tiempos. En cuanto el turismo empezó a entrar con fuerza en la zona, despidió a las chicas y reconvirtió el local. Estrómboli fue el primer pub que hubo en Horcal.

—¿Por qué no le cambió también el nombre?

—Por el morbo, claro. Mucha gente bien del pueblo se pasaba por aquí al principio solo por dárselas de malditos. Luego, los veraneantes, que no tenían ni idea de que esto hubiera sido un burdel, que venían porque no había otro sitio mejor adonde ir, han acabado de limpiarle la imagen.

Notaba a Jose tenso, inquieto. Después de tanto tiempo, me había acogido con bastante frialdad y ahora sus rodillas no paraban de bailar debajo de la mesa. Tenía en la mano un güisqui. A mí me había

servido otro. Era un líquido que podría haberse comercializado sin problemas como producto para la limpieza de sanitarios y que yo aparqué después del primer trago con la mejor de mis sonrisas. José se bebió un vaso como si fuera agua de Vichy y pidió otro. Se lo sirvió una mujer ya entrada en años, pero a la que todo aquel maquillaje hacía por lo menos dos veces mayor. Era Laura.

Jose nos presentó y yo hice ademán de besarle la mano. Casi me devuelve a la silla de una bofetada. Me dijo que esos modales los reservase para las ancianas de verdad, que a ella aún le quedaba mucha guerra por dar.

—Como dice Jose —añadió tomando asiento—, no hay jóvenes y viejos, sino jóvenes y enfermos...

—Eso no lo digo yo —la corrigió Jose—. Lo dice Laín Entralgo.

—Bueno, pues ese. ¿Cómo quieres que me acuerde de tanto nombre como sueltas al cabo del día?

Es un chico tan culto, da gusto oírle hablar... ¿Cómo era eso otro tan ingenioso que me dijiste una vez? Los matrimonios sin amor son terribles, pero hay algo peor un matrimonio en el que hay amor, pero solo de una parte. ¿Verdad que es bonito?

Conocía la cita de Wilde. Y sabía también que no acababa donde le había puesto Laura el punto. Seguía: fe, pero solo en uno de los esposos; y en el cual, de los dos corazones, uno de ellos tiene la seguridad de quedar destrozado.

Lo que yo no entendía muy bien era por qué Jose le decía estas cosas a Laura. Se trataba de una frase ideal para desalentar propósitos conyugales.

—Yusted ¿a qué se dedica?

—Escribe también —respondió Jose por mí.

—¿Ah, sí?

Explicué a grandes rasgos lo de mis romanos y cómo me habían traído a Horcal cuando ya tenía prácticamente decidido capitular. Laura sonreía y comentaba de cuando en cuando: qué bien, qué

interesante, pero el bar empezaba a llenarse y la mujer estaba cada vez menos a mis palabras y más a las evoluciones de los camareros. Los camareros eran todos chicos jóvenes. Vestían de calle, pero no resultaba difícil distinguirlos de los clientes: los que más cargados iban, esos eran.

La conversación entró en una fase nostálgica. Jose me había preguntado por la gente de Madrid y yo le ponía un poco al día en la vida y andanzas de todos. Le decía que Alexis se había vuelto a Chile, que Jose Miguel trabajaba ahora en Radio Nacional y que Ramón allí seguiría, en el café. No recuerdo muy bien a quién tenía exactamente en boca cuando Laura me interrumpió. Sí sé que estaba justo a mitad de una frase.

—Jose —dijo de repente —¿por qué no vas a echar una mano? Llevas aquí parado más de una hora.

Jose atendía a mis explicaciones. Giró la cabeza con violencia y miró tensamente a Laura. Luego se incorporó muy poquito a poco, murmuró:

perdona, Andrés, y se alejó hacia la barra.

—Es buen muchacho —me comentó Laura—, pero tiende a pensar que el negocio funciona solo.

Todavía me hizo un rato más la visita. Me habló del pub, de lo dura que se había puesto la competencia y de lo bien que seguramente iba a pasarlo en Horcal.

—No es Madrid, pero tiene sus ventajas —dijo mientras me entregaba la nota. Mil pesetas. Por ese lado no veía yo grandes ventajas.

—Te ha cobrado la muy bruja, ¿no? —me dijo Jose cuando me acerqué a despedirme.

—Mil pesetas —confesé con tristeza.

—Tenemos que vernos otro día, pero no aquí. Los lunes cerramos, podíamos quedar en algún bar del pueblo. ¿Elena tiene teléfono?

—No.

—Bueno, da igual. Yo te paso a recoger. El lunes por la tarde, ¿de acuerdo?

El lunes, de acuerdo.

A Jose en seguida le había deslumbrado de Horcal la forma de entender la vida. Me habló mucho de ello aquel primer lunes.

—El trabajo se ha convertido un poco por todas partes en la religión del hombre moderno, y es natural. El siglo XX ha presenciado la voladura de la mayoría de los mitos de la cultura occidental. Solo el dinero ha quedado en pie; es el único valor sólido. ¿Y cómo se obtiene el dinero? Trabajando. El hombre dedica la tercera parte de su existencia a trabajar. Si consideras que otra tercera parte la pasa durmiendo, que casi la mitad del tercio restante la invierte en desplazarse del dormitorio a la oficina y de la oficina al dormitorio, y que además tiene que alimentarse, ir al cuarto de baño y resolver papeleos, te sale un cuadro bastante desalentador de lo que es la vida del rey de la Creación...

—Todavía le quedan los fines de semana.

—Sí, claro, y disfrutan como enanos

colapsando con sus coches los accesos de las grandes ciudades para llenarse los pulmones de un poco de aire puro antes de ponerse a cortar el césped, arreglar ventanas, pasar el aspirador y reponer las tejas que se ha llevado el viento. Delicioso. Aunque, en el fondo, probablemente sea mejor así. El hombre moderno está tan hecho a ese continuo trasiego que, si se le quitase, acabaría seguramente llorando de aburrimiento.

—¿Y aquí? ¿No se aburre la gente aquí? Porque Horcal parece el sitio ideal para suicidarse de tedio.

—No lo creas. Aquí está todo el mundo mejor educado para el ocio. Ten en cuenta que trabajar, lo que se dice trabajar, en Horcal no ha trabajado nunca nadie. ¿Para qué? ¿Para ganar más dinero? ¿Y para qué quieren más dinero si luego no hay en qué gastarlo? ¿Qué vas a comprar aquí?

—También es verdad.

—De modo que el horcaleño ha tenido que

aprender a organizar su felicidad sobre otros valores. Por ejemplo, la amistad. No es que aquí los amigos sean más importantes que en otros lados; es que aquí se usan. Y se usan para todo: para jugar a las cartas, para salir por ahí y también, por qué no, para hacer carrera. No sé quiénes estarán ahora mismo en el Ayuntamiento, si serán de izquierdas o de derechas; pero ten la seguridad de que ninguno de los que están allí puestos lo está porque sea el más listo o el más capaz.

—Hombre, supongo que habrá habido elecciones, como en todas partes.

—Claro. Se han votado listas cerradas. Cerradas atendiendo a criterios de amistad y parentesco, naturalmente.

—Y eso te parece estupendo...

—Estupendo, no: distinto. La amistad es un criterio selectivo tan digno como la eficacia. Los cabrones no tienen amigos; para tenerlos hace falta una cierta categoría humana. Así que, en la vida

pública horcaleña, habrá a lo mejor metido mucho manazas, pero no cabrones.

—¿Y no es preferible un malo eficaz a un torpe cargado de buenos propósitos?

—Aquí les va muy bien con sus torpes bienintencionados.

—¡Pero si están todas las calles levantadas, Jose!...

—Eso fue precisamente por un alcalde eficaz que tuvimos. Los torpes no se complican la vida. Se limitan a resolver crucigramas y dejan las calles en paz.

Todo aquello estaba muy bien, era muy divertido y muy ocurrente. Pero a mí me interesaban cuestiones menos abstractas. ¿Qué había sido de la vida de Jose en estos dos últimos años? Tardé en hacerlo salir de los Cerros de Úbeda. Ni siquiera estoy seguro de que lo consiguiera aquel primer lunes. Debí de ser el segundo o el tercero cuando por fin me confesó que no, que no había escrito mucho.

—A estos sitios —me explicó— hay que traer las cosas muy maduradas y muy organizadas, como cuenta Umbral que hacen turismo las europeas, que lo anotan todo en un papel y luego no hay quien las aparte un milímetro de lo que pone en el papel. Si vienes como vine yo, con ideas vagas y proyectos difusos, sin papelito, se te traga en seguida la pachorra con que se lo toma todo esta gente... De todas formas, algo he hecho. Llevo un diario.

También me habló de sus escauceos sentimentales. Había tenido una especie de novia al principio. No era muy guapa, me dijo, pero tenía unas piernas magníficas y andaba con mucho bamboleo de caderas. La historia había durado un verano. Luego ella se había ido a estudiar a Madrid. Aún se veían, de cuando en cuando.

—¿Y Laura?

Había lanzado la pregunta en aquel preciso contexto deliberadamente. Jose la dejó flotar un rato ahí, en el aire, mientras se encendía un cigarrillo con

mucha parsimonia.

—Laura se portó muy bien conmigo —respondió finalmente—. Me dio trabajo y me dio techo cuando decidí que ya había abusado bastante de mis padres, hace un año o así. Lo que pasa es que luego ha querido ver... Lo que haya querido ver donde solo había gratitud.

Recordé la frase de Wilde sobre el matrimonio. Se la repetí y Jose sonrió.

—Te diste cuenta, ¿no? —dijo—¿Y qué pensaste?

—Pensé que te ha pedido que te cases con ella y que tú te has salido muy eruditamente por la tangente.

—No fue exactamente una petición formal de mano —matizó—. Sencillamente me expuso las ventajas de esa boda. Trató de comprarme, vaya. Me dijo que ella, en mi lugar, no rechazaría una oferta similar: dar algo de alegría a los últimos años de una persona a cambio de convertirse en su heredero

universal.

—Y tú le citaste a Wilde.

—Y yo le cité a Wilde.

Tenía Jose una manera muy peculiar de estar en los cafés. Hay, en los cafés, quien se sienta muy tieso y dominador, con la frente alta y el cuello bien estirado, controlando mucho no se sabe exactamente el qué, pero controlando; y hay quien, por el contrario, prefiere volcarse sobre las mesas y los contertulios y dar sus explicaciones con el mentón haciendo vuelo rasante como un piloto israelí sobre las tazas y las cucharillas. Hay también quien se sienta muy formalito, con las manos entrelazadas en el regazo y cara de aplicación, como si estuviera en la escuela o temiera que, de un momento a otro, el señor que lo controla todo fuera a preguntarle la lista de los reyes godos; y está, por fin, el pesado que ni siquiera se sienta o sí se sienta, pero entonces no se quita el abrigo ni la bufanda ni nada.

Jose no formaba parte de ninguno de estos

grupos. Jose era de los que se ponen cómodos. Se colocaba la mesa a un costado, clavaba en ella un codo y descargaba luego todo el peso de su cabeza y del cuerpo entero en aquel brazo. Más que sentarse, Jose se desmoronaba.

Estaba ahora ahí, desmoronado, con el rostro envuelto en una nube de humo, sonriendo suavemente.

—Hice bien, claro —me dijo.

—Sí.

—Todo —prosiguió—, todo en mi vida lo he sacrificado por la literatura: una novia, una carrera, la comodidad material... Pero casándome con Laura habría llevado demasiado lejos mi vocación. Tú sabes lo que decía Bernard Shaw, ¿no? Bernard Shaw decía que el verdadero artista dejará que su mujer se muera de hambre, que sus hijos vayan descalzos, que su madre tenga que ganarse el sustento a los setenta años, antes que dedicarse a otra cosa que no sea su arte. Eso decía. Y cuando Laura me hizo su

proposición, yo tenía aquella frase en la cabeza. Pensaba: bueno, cabrón, ¿qué harías tú ahora?... No se habría casado, naturalmente.

Hizo una pausa, me miró, dijo:

—Al final, toda esta historia me ha perjudicado bastante. Antes, vivía como un señor, hacía más o menos lo que me daba la gana. Ahora, ya lo viste tú el otro día, Laura me trata como a un camarero más.

—Y no te puedes ir...

—De momento no me interesa. Incluso en el peor de los casos, es un trabajo cómodo para un escritor. Me deja las mañanas libres. Pero, sí, claro, no voy a aguantar ahí toda la vida.

“Es un trabajo cómodo para un escritor”. Resultaba chocante la soltura de cuerpo con que Jose se calificaba a sí mismo de escritor. A Elena, este detalle la irritaba profundamente.

—Pero, bueno —me decía—: ¿qué ha escrito

este chico? Nada. No ha escrito nada.

Luego, meneaba la cabeza y añadía:

—Acabará mal, Jose...

Teniendo en cuenta de quién venía, el comentario era casi un fallo inapelable. Pero yo no empecé a inquietarme por la suerte de Jose hasta más adelante. Por de pronto solo había observado que bebía mucho. También tenía cierta propensión a considerar con toda seriedad proyectos claramente delirantes. Por ejemplo: irse al palangre con una partida de pescadores.

—Como escritor, es fundamental estar siempre abierto a cualquier experiencia nueva —me explicó.

Afortunadamente, al final nunca le salía nada y allí seguía, en Estrómboli, despachando garrafón y llevando un diario.

Elena, por el contrario, sí que me preocupaba. Después del incidente de la playa de los enamorados,

no volvimos más sobre el tema de los fantasmas y las premoniciones. Pasó una semana y no notaba yo nada anormal en la casa: las puertas y las ventanas precisaban aún de nuestra colaboración para abrirse y cerrarse, ningún golpe importunaba mi sueño y seguía sin escuchar la *Pavana* de Ravel.

Estaba por decírselo a Elena aquella mañana, mientras desayunábamos en la terraza. Hacía un día espléndido. Emilia me servía la leche y Elena miraba por encima una revista cuando algún objeto pesado cayó dentro del salón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Elena. Lo preguntó distraídamente, sin ninguna alarma. Ni siquiera dejó de hojear la revista.

—Un ruido —respondí yo sin temor a equivocarme demasiado.

Solo Emilia adoptó un gesto grave. Elena lo advirtió y el rostro se le demudó también a ella.

—Ha sido el cuadro, ¿verdad? —dijo.

—Creo que sí, señora —asintió Emilia.

Elena se dejó caer contra el respaldo de su asiento. Tragó saliva, respiró hondo y me pidió que comprobara, por favor, si el cuadro que había sobre el aparador del salón seguía en su sitio. Era un lienzo de algún tamaño. Representaba a un grupo de músicos muy pobres y desnutridos sobre un fondo de ruinas y tonos sombríos.

Lo encontré en el suelo, boca abajo.

—Ha sido el cuadro —les grité mientras me agachaba a recogerlo. No parecía haber sufrido ningún daño. Examiné los cáncamos. No se habían soltado. Pensé que quizás las alcayatas hubieran cedido; pero las alcayatas seguían firmemente alojadas en la pared. ¿Cómo se las había arreglado entonces para acabar en el suelo? Estaba además el misterio del aparador: el cuadro lo había salvado limpiamente, sin rozarlo siquiera. Aparentemente, los músicos aquellos se habían descolgado ellos solitos con todo cuidado y habían sobrevolado luego medio metro de mueble antes de dar en tierra.

Puse el cuadro en su sitio y volví a la terraza. Empecé diciendo: “¡No os lo vais a creer...!”, pero algo en la expresión de Elena y Emilia me indicó inmediatamente que sí, que se lo iban a creer. Ya había sucedido otras veces, por lo visto.

—¿Igual que hoy? —pregunté.

—Igual que hoy —respondió Elena.

—Quiero decir, con los músicos haciendo *fosbury* por encima del aparador también —insistí.

—Igual, igual. Detalle por detalle.

—¿Qué explicación tienes entonces?

Elena me miró y pronunció con absoluta circunspección la palabra “fantasmas”.

—Fantasmas, sí, señorito; fantasmas —recalcó abriendo mucho los ojos Emilia.

—Me refería a una explicación lógica, que tome en consideración cosas como la gravitación universal, por ejemplo.

—Prueba a encontrarla tú —me desafió Elena, dando la discusión por zanjada. El pulso le

temblaba cuando se llevó el tazón de café a los labios. Fue todo su desayuno, aquel café.

Luego vendrían los ruidos. No me llamaron la atención en seguida. Supuse que eran los propios de una casa con alguna solera. Entonces Elena me explicó que el chalet no tendría más allá de treinta años y debo confesar que el asunto empezó a resultar vagamente inquietante.

Pero ni ella ni Emilia habrían conseguido nunca minar mis sanas convicciones materialistas si una noche no hubiera llegado con toda nitidez hasta mi dormitorio aquella melodía. Alguien la silbaba ahí fuera mientras yo le escribía a Ramón una carta en la que le reprochaba no haberme hablado para nada de las peculiaridades del lugar.

Había que salir, claro.

Lo pensé dos veces y abrí la puerta. La casa estaba a oscuras. No sabría precisar si también en silencio, porque no tenía oídos más que para el ritmo

enloquecido de mis latidos.

Avancé hasta la escalera. Al fondo se veía luz, por el lado de la cocina. Bajé. Eran Elena y Emilia.

—La *Pavana*, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—Y no la silbábais ni Emilia ni tú, naturalmente.

—Naturalmente.

Elena estaba sentada a la mesa. Tenía delante una taza con un sobrecito de tila dentro. Emilia, de pie junto a los fuegos, calentaba agua.

—Ponga un poquito más para mí, por favor —dije.

4

Jose me escuchó con mucha atención y luego se encendió un cigarro. Le dio unas caladas, sacudió la ceniza al suelo y dijo:

—No pretenderás que me crea una sola palabra de toda tu historia.

Había empezado por el encuentro en la playa de los enamorados y había seguido hasta la parte de los ruidos y los silbidos, sin omitir ningún detalle: ni las charlas de Elena sobre Koestler y la escritura invisible, ni los sueños premonitorios, ni el vuelo de los músicos sobre el aparador. Todo lo había comprimido en una hora de explicaciones, mientras despachábamos con algún trabajo un potente cocido, y ahora experimentaba una sensación extraña. Podían ser los garbanzos, desde luego. Los garbanzos suscitan en los españoles un entusiasmo difícilmente comprensible para otros pueblos. Los ingleses, por ejemplo, nunca han sabido muy bien si tenían que

catalogarlos entre las legumbres o entre los artículos militares, directamente. Brenan se ocupa de este importante asunto en “Al sur de Granada”. Allí admite que, efectivamente, el garbanzo puede comerse, pero a renglón seguido lo define como un proyectil amarillo que estalla en el estómago produciendo varios centímetros cúbicos de gas.

De todos modos, pienso que la naturaleza de mi incomodidad era más espiritual que fisiológica. Por un lado, me había molestado la salida escéptica y suficiente de Jose. Pero también me confortaba dar por fin con alguien juicioso; alguien que no iba a dejarse impresionar, dispuesto a someter al microscopio toda aquella novela.

—Elena está mal —me dijo—. Lo ha estado siempre. No sé lo que te habrá contado de su vida, pero supongo que no habrá sido mucho, porque es bastante reservada. Sabrás por lo menos que estuvo casada.

—Sí. Tres años, creo.

—Así es. ¿No te ha dicho nada más?

—Que fue una experiencia lamentable.

—Y tanto. Su marido la pegaba. Unas palizas tremendas. Por celos. Era un enfermo. Nadie sabe muy bien de dónde salió.

—¿Tú lo conociste?

—Cuando yo llegué, ya se había ido. Hacía tiempo, además. Esto que te estoy contando sucedió siendo Elena muy jovencita, con veinte años o así.

De repente, nos habíamos quedado solos en el restaurante. Miré el reloj: las cuatro y media. Estaban las sillas puestas patas arriba sobre las otras mesas y el maître nos sonreía con mucha cordialidad desde una esquina del comedor. Tenía a su lado a dos mujeres con cubos y fregonas. También nos sonreían con mucha cordialidad.

Ya en la calle, Jose me explicó que, después de separada, Elena había sufrido una crisis depresiva.

—La atendió primero Norberto. Pero luego

hubo que llevarla a Madrid, a un profesional. Yo creo que nunca se repuso del todo. De vez en cuando, tiene recaídas y ve y oye cosas raras.

Anduvimos hasta la plaza. No había un alma. Solo un guarda, en la puerta del Ayuntamiento, miraba las moscas y se hurgaba en las narices.

—Está todavía la gente haciendo la siesta — comentó Jose.

Nos sentamos delante de la fuente. Era una piscina circular, con unos bichos de bronce en el centro. Uno de ellos era una serpiente, sin duda. Del otro, todo lo más que podía aventurarse es que se trataba de un pájaro. Componían un dramático episodio de la lucha por la supervivencia. La serpiente tenía envuelto al pájaro y se disponía a asestarle el bocado definitivo. El pájaro aleteaba y estiraba el cuello, y del pico abierto le brotaba, sin demasiado entusiasmo, un chorro de agua.

—O sea —resumí—, que tu teoría es, sencillamente, que Elena está de los nervios y sufre

alucinaciones. Perfecto. Pero quedan aún al menos dos puntos oscuros. Uno: el cuadro. Nadie pudo descolgarlo. En el momento en que se cayó, estábamos juntas en la terraza las tres únicas personas que había en la casa. Y dos: los ruidos, sobre todo los silbidos. ¿Quién los hacía? Ni Elena ni yo, eso por descontado. Y la pobre Emilia estaba tan asustada como la que más.

Jose arqueó las cejas.

—Desde luego —repuso—, si todo sucedió tal como me lo has contado, resulta bastante extraño. Pero puede tratarse de un caso de sugestión colectiva.

—Los ruidos. ¿Y el cuadro?

—Se me ocurren dos explicaciones. La primera es que se descolgara efectivamente él solito. Un simple fenómeno de telequinesia...

—Claro, pasa todos los días.

—Pues me temo que la segunda te va a parecer aún más descabellada: que alguien esté tratando de volver definitivamente loca a Elena.

—Ya. Y se pasea por la casa silbando y descolgando cuadros. ¡Venga, Jose! Es absurdo. ¿Quién querría hacer una cosa semejante?

Jose se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —respondió—. Pero date cuenta de que oportunidades no le faltaron. Tú mismo me has confesado que no te abalanzaste precisamente sobre la puerta del dormitorio cuando escuchaste los silbidos. Y el cuadro, ¿cuánto tiempo pasó desde que lo oísteis caer hasta que tú entraste en el salón? Más del que tardaría nadie en desaparecer después de haberlo descolgado. Así que en ningún caso puede descartarse la intervención de un simple mortal.

—Me parece un poco retorcido. Si yo quisiera acabar con los nervios de Elena, no me tomaría tantas molestias. Compraría en cualquier farmacia un producto alucinógeno y se lo echaría en el café, directamente.

—Es más razonable, desde luego.

—Además, está Hans. El perro nos habría

alertado en seguida de la presencia de cualquier extraño —concluí con mucha seguridad. Entonces me vino a las mientes la imagen del animal volviendo de la playa de los enamorados a todo lo que le daban las piernas, y maticé—: Confío...

Todavía permanecemos un rato más delante de aquella fuente, hablando de otros temas. Jose había recibido carta de sus padres. Le preguntaban si pensaba volver pronto. Meses atrás habría respondido que no. Ahora dudaba.

Luego, el reloj de la plaza dio las seis y Jose se reincorporó. Se le hacía tarde, tenía que ir a abrir el pub. Le acompañé hasta el coche y allí nos despedimos.

Había insistido en acercarme, pero el tiempo era espléndido y preferí pasear hasta el chalet.

En casa me esperaban Elena y Armando. Habíamos comido juntos la víspera y, durante una sobremesa de cerca de cuatro horas, cuyo recuerdo

todavía hoy me empapa la frente en un sudor frío, el hombre había hablado sin parar de unos yacimientos del pleistoceno que habían encontrado en el pueblo y que confirmaban, por lo visto, la presencia del homo erectus en Europa. El tema había surgido a los postres y a mí, al principio, no me pareció imprudente manifestar un tibio interés. Otras cuestiones más delicadas, como la pintura surrealista o la cerámica china de la dinastía Tang, podían desencadenar intervenciones de Armando que se prolongaban fácilmente durante días y terminaban en escenas de pánico colectivo e intentos de suicidio. Pero el pleistoceno ofrecía un aspecto inofensivo. ¿Qué podía decir un espíritu sensible como Armando de algo de tan obvio mal gusto como el homo erectus? Cuatro generalidades que tendría despachadas en menos de diez minutos.

Nos equivocamos de medio a medio. Armando estaba puestísimo. Había leído toneladas de libros y revistas, había visto documentales de la BBC,

había mantenido correspondencia con paleoantropólogos americanos. No nos perdonó ni un solo detalle. Antes de un cuarto de hora, Elena y yo braceábamos asfixiados entre montones de molares, tibias, huesos sacros y parietales, mientras Armando se alejaba con ligereza cuaternario adentro. Vimos un rato cómo su cabeza emergía de cuando en cuando allá, en los límites de la historia, y luego lo perdimos definitivamente.

—Vaya, qué sorpresa —saludé. Sobre la mesa había ahora esparcidos unos cartoncitos. Observé con horror el contenido. Eran dibujos de dientes y mandíbulas, con flechitas, líneas de trazo discontinuo y leyendas que decían: “Dimorfismo sexual en los caninos humanos y de chimpancé”, “Arcada dentaria y diastema (antropoide)”, “Desgaste de los molares en el australopiteco”.

—Te estábamos esperando —dijo Armando, antes de que pudiera localizar algún abrigo donde ponerme a cubierto—. Había traído unas fichitas, por

si no te había quedado del todo claro lo de ayer.

—Clarísimo. Lo de ayer me quedó clarísimo.

Armando me miró con desconfianza por encima de las gafas.

—¿Seguro? —dijo. Volvió la vista al cielo y añadió—: De todas formas, aunque tuvieras dudas, no iba a podértelas resolver ahora. El sol se pone ya y hay que darse prisa si queremos llegar con alguna luz.

—¿Adónde?

—A los yacimientos, naturalmente —me respondió, mientras empezaba a recoger sus cartoncitos. Elena se inclinó también sobre la mesa para echarle una mano. A pesar del dramatismo de la situación, parecía bastante serena. Sonreía, incluso. Había llegado a la conclusión de que era, definitivamente, una mujer admirable, cuando Armando comentó:

—Entonces tú, Elena, no vienes por fin, ¿no?

Elena respondió cualquier cosa con aire de profunda contrariedad y luego me miró. Armando

había hecho con las fichas un mazo perfecto y lo ataba cuidadosamente con un cordel. No pudo ver el relámpago de satisfacción que cruzó el rostro de la muy miserable.

Los yacimientos se hallaban a una docena de kilómetros. Los primeros se hacían por carretera. Después había que tomar un desvío de tierra, seriamente maltratado por el tráfico de tractores. Íbamos por él dando terribles sacudidas. A cada barquinazo, Armando decía muy educadamente: perdón, pero no dejó de coger ni un solo bache. Bueno, uno sí que lo erramos. Yo tenía una mano apoyada en el salpicadero y la otra crispada, con los nudillos blancos, alrededor de un asidero sobre la ventanilla, y comenté, irónicamente desde luego:

—Ese se te ha escapado, Armando.

Creo que consideró la posibilidad de dar marcha atrás.

El camino se adentraba en un serrijón. A

derecha e izquierda había labrantíos y tomateras. También, cada cien o doscientos metros, los anuncios de una urbanización hacia la que, por lo visto, nos dirigíamos. La urbanización se llamaba Edenes de Horcal y en seguida tuvimos delante sus construcciones blancas y elementales como cajas de zapatos. En todas las ventanas se distinguían grandes cruces pintadas. No parecía que nadie se hubiera animado aún a habitar ninguno de aquellos pisos.

Armando detuvo el coche ante la verja de acceso y tocó el claxon. A nuestro lado, dos vallas explicaban que Edenes de Horcal era un núcleo residencial dotado de todas las ventajas y comodidades de la vida urbana y equipado con las más modernas instalaciones polideportivas. Las ilustraban unos dibujos en color, sobre los que había escrito: Fase 1 (terminada), Fase 2 (en proyecto), Fase 3 (en proyecto). La Fase 3, según aquello, iba a ser más o menos como Babilonia bajo Nabucodonosor. El dibujo estaba lleno de jubilados, perros, pajaritos,

niños jugando y ecologistas montando en bicicleta.

Pasaron unos instantes, Armando volvió a tocar el claxon y finalmente se dejó ver el encargado. Era un hombre mayor. Llevaba puesto un enorme sombrero de paja, todo desflecado, y debajo, manteniéndoselo aparentemente a la altura de los ojos, unas orejas amplias que se desplegaban sin complejos a la consideración general. Avanzaba con cara de pocos amigos. Luego reconoció a Armando y se llegó en una carrera hasta la puerta. Nos la franqueó mientras se tocaba respetuosamente el ala del sombrero.

—Qué tal, Fabián.

—Pues ya ve usted, don Armando, con mucho calor... ¿Qué vienen? ¿A lo de los huesos?

—Eso es. Si nos deja usted las llaves...

—En seguida, don Armando.

Fabián se metió en una caseta de ladrillo visto, en uno de cuyos lados se leía: “Información y venta”. Reapareció a los pocos segundos con las

llaves. Armando las tomó y aparcó el coche unos metros más adelante. Nos bajamos. Se oía el zumbido de las chicharras, el borboteo de algún moscardón y, muy remoto, el mar.

—¿No vive nadie más aquí, aparte de Fabián?
—pregunté.

—No. No han conseguido vender ningún apartamento. Ni creo que lo consigan nunca.

—¿Yeso?

Armando arrugó la nariz. Dijo:

—Pues porque está muy mal la urbanización. Hace calor, está lejos de la playa y, luego, no han tenido mucha suerte. Iban a hacer una piscina magnífica y, cuando excavaban, empezaron a aparecer los fósiles de homo erectus. Normalmente, no tendría por qué haber pasado nada. A los horcaleños, los huesos no les han preocupado nunca ni mucho ni poco. Pero el alcalde que estaba entonces era un tipo inquieto, fue el mismo que levantó las calles, ¿sabes? Pensó que disponer de unas ruinas sería bueno para el

pueblo, atraería turismo. Hay también quien dice que, en realidad, lo que quería era hacer la puñeta, porque él era socialista y Norberto, un cacique de toda la vida...

—¿Norberto?

—Sí, claro. Todo esto es de Norberto. ¿No te lo había dicho Elena?

—No.

—Pues sí, es suyo.

Armando paseó la mirada en derredor. Musitó: qué pena, ¿verdad?, y prosiguió:

—El caso es que el alcalde, en cuanto se enteró de que aquí debajo podía haber un yacimiento de algo, le dijo a Norberto que suspendiera inmediatamente las obras. Norberto le explicó que no tenía el menor inconveniente, siempre que el Ayuntamiento se hiciera cargo de los costes. El alcalde respondió: vale, pero luego echó un vistazo a los números y cambió de idea. Norberto insistió en que él no podía correr con los gastos, que eso le supondría la

ruina, el alcalde le gritó que era un capitalista y un enemigo del pueblo y Norberto lo despidió después de sugerirle muy educadamente dónde se le ocurría a él que podía meterse sus fósiles. El alcalde estaba que se subía por las paredes. Cogió el teléfono y, sin pensárselo dos veces, contó a cuatro o cinco periódicos que habían encontrado unas termas romanas. Eso fue un lunes. El martes, las termas eran una necrópolis goda y, el miércoles, los restos de un poblado fenicio. Daba lo mismo: el caso era hacer ruido, y se hizo tanto que hubo que parar las obras. Vinieron unos funcionarios del Ministerio de Cultura, también socialistas, examinaron los huesos y se volvieron a Madrid. En general, no compartían el entusiasmo del alcalde. Fue más o menos cuando lo del hombre de Orce, ¿te acuerdas? El hueso aquél de homínido que al final resultó ser de asno...

—Sí, lo recuerdo.

—En Madrid tenían miedo de meter la pata. La sola idea de desenterrar más burros les ponía los

pelos de punta. Llamaron al alcalde y lo felicitaron por su celo cultural, pero le dieron a entender que el partido le agradecería que, en futuras ocasiones, fuera menos bocazas, compañero. De todas formas, mandaron muestras de fósiles a varias universidades. Las obras prosiguieron con toda normalidad hasta que, unos meses después, se presentó en el pueblo un americano con uno de los huesecitos que había distribuido, por todo el mundo, al parecer, el Ministerio. Lo había analizado con mucho cuidado y abrigaba fundadas sospechas de que se trataba del molar de un homo erectus. El alcalde lo soltó entusiasmado en las zanjas y el americano salió todavía más convencido. Solicitó las autorizaciones pertinentes, trajo un equipo y se puso a excavar. Hizo un trabajo magnífico. Mira.

Estábamos al borde de un profundo socavón. Tendría las dimensiones de una piscina olímpica, quizá algo más: de una piscina olímpica y dos pistas de tenis. De unas modernas instalaciones polideportivas.

En uno de los taludes había apoyada una escalera de madera. Armando descendió por ella y me invitó a seguirle. Avanzamos hasta lo que parecía el tronco abatido de un olivo.

—Es parte del esqueleto de un elefante —me explicó Armando—. El resto está diseminado por todo el yacimiento, lo que revela claramente la presencia de depredadores que lo desmembraron después de matarlo. Pudieron ser lobos, o una jauría de perros salvajes. Pero el americano dedujo que se trataba de homo erectus por el molar aquél que le envió el Ministerio y por otros huesos que empezaron a encontrarse en seguida. Además, el estudio geológico demostró que esto había sido una ciénaga. Los elefantes no se aventuran por terrenos pantanosos normalmente. Tienen que estar asustados, huir de algo. Un fuego, por ejemplo. Se buscaron huellas de algún incendio y todo lo que apareció fueron los restos, muy dispersos, de algún que otro arbusto chamuscado. ¿A qué conclusiones podía uno llegar

con este puñado de datos: una ciénaga, un elefante descuartizado, fósiles de homínido y matorrales calcinados? El americano pensó que la única explicación era que esto había sido una especie de trampa para grandes mamíferos como elefantes. Las bandas de homo erectus los acorralaban aquí, ahuyentándolos con gritos y arbustos en llamas, y, una vez inmovilizados por el barro y su propio peso, los mataban y los despedazaban. Admirable, ¿verdad? El americano publicó una serie de artículos muy notables en *Nature*.

Armando estuvo un rato como extasiado ante el trozo aquél de elefante. Luego me mostró el resto de la excavación. La noche se nos echaba encima y hubo que verla deprisa.

—Y los homo erectus estos —dije, ya de vuelta al borde del socavón— ¿no tenían otro sitio mejor para cazar sus mamíferos que la piscina de Norberto?

Armando se sacudía el polvo de los

pantalones. Sonrió de medio lado y comentó que, desde luego, le habían acabado de arruinar el negocio.

—Nunca fue fácil venderle a nadie un piso aquí —añadió—, conque una urbanización entera... Ni siquiera con una buena piscina y todas las pistas de tenis que pensaba montar. Y sin ellas, pues imagínate.

—Puede hacerlas en otro sitio, ¿no? Comprar más terreno...

—¿Con qué dinero? Él se ha quedado sin un duro. Y nadie en el pueblo parece querérselo dejar. La única quizás sería Elena... —Hizo una pausa, reconsideró brevemente lo que acababa de decir y rectificó frunciendo el ceño—: Aunque ni siquiera ella creo que esté dispuesta a meter una peseta en esto.

Me sorprendió esa última puntualización.

—¿Elena tiene tanto dinero? —pregunté.

—Eso dicen.

Habíamos llegado a la caseta de ladrillo visto. Dentro, Fabián miraba la televisión. Estaba de espaldas a la ventana. Sin sombrero y con aquellas

orejas, parecían tres personas. Armando golpeó el cristal con los nudillos y gritó:

—Aquí le dejo las llaves, Fabián. Muchas gracias.

—A mandar, don Armando —respondió Fabián, incorporándose—. Espere, que les abro la puerta.

—Ah, sí, la puerta, es verdad —comentó Armando.

Refrescaba y al coche le costó arrancar.

—Me extraña eso que me has contado —dije—. Yo creo que si Norberto necesitara dinero y Elena lo tuviera, se lo dejaría sin pestañear.

—Eso pensaba yo también. Hasta que un día los sorprendí discutiendo el tema... Fue una discusión bastante violenta. Por lo menos el final, que es a lo que yo llegué. Elena decía con gesto firme que Emilia y ella no iban a acabar en la calle por su culpa. Norberto estaba muy nervioso. Sacudía la cabeza y bufaba de desesperación, incapaz de torcer su punto de vista.

Iba a articular una frase, pero desistió al advertir mi presencia. Dijo: "Adiós". Se levantó y se fue. Elena nos había invitado a los dos a comer, pero él ni siquiera se acabó el aperitivo.

—¿Qué? ¿Te has divertido?

Elena estaba sentada delante de la chimenea encendida, con los pies recogidos sobre el sofá. Tenía puesto un albornoz y sonreía con mucha sorna.

—No ha estado mal —respondí, dejándome caer junto a ella.

—Necesitarás un trago...

—Sí, me voy a servir un güisqui.

—Ya te lo traigo yo, no te muevas.

Me encendí un cigarro con una brasa de la chimenea, como un auténtico vaquero, y me puse cómodo. Elena volvió en seguida con dos copas y un sobre.

—Ten, has recibido carta.

Era de Ramón. Estaba muy sorprendido por lo

que le contaba yo en la mía. Durante todo el tiempo que él había permanecido en Horcal, nadie le había hablado de fantasmas, ni había oído ruidos raros ni nada por el estilo. El asunto le parecía francamente interesante y había resuelto hacernos una visita. La carta no incluía ninguna fórmula de cortesía del tipo “si a Elena no le importa” o “si no hay mayor inconveniente”. Indicaba directamente el día y la hora a la que debíamos pasar a buscarlo a la estación y terminaba con unas instrucciones muy precisas sobre cómo desactivar un telescopio que, naturalmente, no mencioné a Elena.

5

Una piscina con un elefante dentro, un médico de pueblo necesitado de dinero, una mujer con ese dinero y los nervios fregados y una casa que la empujaba suavemente al fondo de la locura. Le había dicho a Elena:

—¿Por qué no nos vamos a Madrid?

Elena no me había respondido. Estaba acodada en la barandilla de la terraza, dándome la espalda. Observaba el mar, abstraída. El mar era un mar de invierno, metálico.

—Digo que por qué no nos vamos a Madrid —insistí.

—¿Para qué? —dijo al cabo, sin volverse.

—Quizás un cambio de aire te sentase bien.

Dejó caer lentamente la cabeza a un lado.

—¿Tú crees? —repuso.

Norberto hacía tertulia con las demás fuerzas

vivas del pueblo tres veces por semana. Se reunían generalmente en la plaza. Armando, con quien me hallaba en muy buenos términos después de lo del homo erectus, no tuvo inconveniente en llevarme una tarde. Yo ya los conocía a todos, pero eso no me daba de ninguna manera derecho a presentarme por las buenas y compartir mesa con ellos así, sin más. Las tertulias, las tertulias *comme il faut*, se entiende, están sujetas a un protocolo muy estricto que las preserva de tanto indocumentado con cuatro cosas que decir como anda por el mundo. Integrar en calidad de miembro pleno una tertulia *comme il faut* es un privilegio al que solo se accede después de un noviciado de duración variable. También se admite ocasionalmente a personalidades ilustres o a simples visitantes, pero incluso en este último supuesto, que era el mío, hacen falta recomendaciones al más alto nivel.

La tertulia la componían, además de Norberto y Armando, Ramón Callona, el dentista, Fernando

Aguilar, el farmacéutico, don Ernesto, el notario, y Enrique Moreno y Emilio Bardán, terratenientes. Este era el siete titular, pero siempre había alguna baja por lesión o trabajo o algún otro compromiso. Aquella tarde faltaban los dos terratenientes. Habían ido con sus esposas a Murcia, a El Corte Inglés. Alguien lo dejó caer con gesto despectivo sobre la mesa e inmediatamente Norberto comentó que Emilio y Enrique se le estaban amariconando, Fernando, el boticario, dijo que sí, que los venía notando un poco calzonazos últimamente, y Ramón Callona añadió que debían de ser los años. Allí nadie gastaba salva; se tiraba con bala y al cuello.

Hubo una pausa, mientras se reponía munición. El día era perfecto y a Armando se le ocurrió glosarlo. Empezó:

—La primavera ha venido y nadie sabe cómo ha sido...

Tratándose de Armando, cabía desde luego la posibilidad de que recitara el poema completo, y hasta

de que nos colocara a continuación la canción de Luis Mariano. Todos éramos conscientes del peligro y el boticario lo interrumpió sin contemplaciones.

—Eso era antes, Armando —dijo, y le explicó—: Ahora ya se sabe que el plano de la eclíptica corta el del ecuador con un ángulo determinado, según la línea de los equinoccios; esta recta y la perpendicular a ella, que es la línea de los solsticios, cortan a su vez la trayectoria aparente del Sol en cuatro puntos, limitando otros tantos arcos. Los tiempos que emplea la Tierra en recorrerlos son las estaciones. La primavera, en concreto, comienza para nuestro hemisferio con el equinoccio de marzo y se prolonga hasta el solsticio de junio. ¿Quieres que te lo dibuje?

Armando encajó el bastonazo con admirable presencia de ánimo. Yo miraba a mi alrededor, sonreía y procuraba no moverme demasiado. Me daba cuenta de que, de un momento a otro, mi persona tenía que salir a relucir en la conversación. Alguien diría mi nombre y, a la voz de ¡plato!, aquellos salvajes abrirían fuego por

turno contra mi vida.

Al final, no fue la cosa tan terrible. Estuvieron incluso afectuosos. Fernando, por ejemplo, solo dijo que me veía bastante calvo para la edad que tenía, y Armando, a quien yo había abandonado cobardemente unos minutos atrás, replicó con toda seriedad que eso era signo de inteligencia y elogió mi curiosidad cultural. Explicó también nuestra excursión a Edenes de Horcal. Norberto rebulló incómodo en su asiento. El dentista lo advirtió y le preguntó cómo estaba el asunto.

—Mal —respondió escuetamente el médico, mirando para otro lado. De repente, todo el mundo repasaba con mucha atención el estado de sus zapatos o de sus uñas, y Ramón Callona iba de rostro en rostro, sonriendo y haciendo visajes. En el del boticario ponía muy clarito: estúpido. El dentista lo leyó y hundió la frente, carraspeó, volvió a levantarla, me vio.

—De modo que tú eres de Madrid —dijo al cabo.

—Sí.

—¿Y estás a gusto aquí?

—Perfectamente. Hombre, echo quizás en falta algo más de movimiento, pero es normal.

—Sí, claro. Madrid es increíble.

Me encogí de hombros.

—Está bien —dije—. Yo no soy ningún madrileñista furioso. Pienso lo que Woody Allen de Nueva York: es una ciudad muy agradable, siempre que uno se tome la molestia de pasear por los sitios adecuados.

—Eso es muy madrileño —observó don Ernesto—: sacarle pegos a todo, no estar nunca completamente satisfecho. Seguro que también encuentras algo que objetarle a Horcal.

Uno solo tenía que dar una ojeada en derredor para comprobar que el pueblo estaba exactamente manga por hombro. El notario me

vacilaba, sin duda. O no. En el norte de África, los contribuyentes se arremangan la chilaba para hacer de vientre en cualquier esquina y no le preguntes a nadie si les molesta, porque es que ni lo ven. La gente agachada forma parte del paisaje magrebí, lo mismo que aquí los socavones, los cascotes, los pegotazos de alquitrán.

—Pues usted me perdonará, don Ernesto, pero algo descuidado sí que está —me atreví a sugerir.

—Pero no creo que ni la suciedad ni el desorden te afecten demasiado —terció Armando—. Tú buscabas un lugar tranquilo para escribir y esto es una balsa.

—Bueno... —empecé.

—¡No te digo! —saltó el notario—. Todavía va a tener el valor de afirmar que tampoco la calma le parece perfecta...

—Es que no lo es —dije—. En la casa donde estoy hay fantasmas.

Hubo un movimiento general de

escepticismo. Don Ernesto declaró que yo sí que estaba hecho un fantasma y Fernando me preguntó qué historia era ésa. Por lo visto, nadie allí sabía nada.

—¿Cómo que qué historia es ésa? —dije—.
¿No la conocían?

—No.

Miré para Norberto. No entendía nada, pero era evidente que, a sus ojos, acababa de cometer una indiscreción imperdonable. Me encendí todo turbado un cigarrillo y referí en pocas palabras los incidentes del cuadro y los silbidos. Luego, el médico dijo:

—Andrés lo cuenta en un tono muy ligero, pero lo cierto es que el asunto está tomando un giro inquietante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fernando.

—No quiero decir nada más que lo que has oído: que el tema hace tiempo que perdió cualquier ribete cómico.

—Y que ese fantasma existe... —insistió el boticario.

Norberto alzó las cejas con mucho misterio, se echó lentamente hacia adelante. Tenía la vista puesta en una taza vacía cuando comentó que ahí estaban los hechos, y todos nos volvimos estúpidamente para la taza.

—Es difícil encontrarles una explicación racional —siguió el médico—. Cuando Elena me habló de ello por primera vez, reaccioné con vuestra misma incredulidad. Elena, no es ningún secreto, sufre profundas depresiones y pensé que, sencillamente, la enfermedad degeneraba. Pero ahora hay testigos. Y no me refiero solo a Andrés. También Emilia, la mujer que tiene empleada Elena, ha presenciado fenómenos parecidos. —Calló un instante, se dejó caer contra el respaldo de la silla y añadió—: Yo mismo he escuchado los silbidos. Te ponen la carne de gallina.

El aire grave del médico desconcertó a la mesa. Pasó un rato y nadie comentaba nada, nadie hizo un chiste, nadie dio un ruido. Luego, Ramón Callona tomó la palabra. Dijo:

—La verdad es que, sobre estas cuestiones de fantasmas y parapsicología, la ciencia empieza hoy en día a reconocer la posibilidad de que, efectivamente, tengan un fundamento y...

El boticario lo cortó en seguida.

—Eso lo habrás leído en un libro de Von Däniken, por lo menos —le espetó.

—No, hombre. Es una opinión muy difundida entre eminentes científicos que...

—¡Venga ya, Ramón! Ningún eminente científico en sus cabales ha admitido nunca la existencia de fantasmas.

El dentista empezó a recoger trapo.

—Públicamente, no —reconoció—. Pero se sabe de experimentos...

—Experimentos secretos, naturalmente.

—¡Es imposible mantener una conversación civilizada contigo! —exclamó finalmente Ramón Callona.

Norberto consultó el reloj y se incorporó.

Tenía que hacer, antes de pasar consulta. Fernando lo observó alejarse y gruñó: qué extraño. Le había sorprendido la actitud del médico.

—También a mí —convino don Ernesto, y sacudió aparatosamente la cabeza mientras silabeaba, escupiendo mucho—: ¡Fantasmas!

—No hará ni dos años —recordó el boticario —, en esta misma mesa, alguien contó una historia parecida... ¿Quién fue? ¿Enrique Moreno? Sí, bueno, da igual. El caso es que nos estuvo hablando de un bastón que, por lo visto, se movía él solito por la casa. Había pertenecido a una abuela y lo guardaban siempre en un paragüero, pero el bastón se conoce que se aburría en el paragüero aquél y cada día aparecía en un sitio distinto: en el patio, en la cocina, en el comedor, viendo muy serio las noticias, o atravesado en alguna puerta para que se cayera con todos los trastos una criada a la que en seguida te explicaban que la abuela le había tenido mucha manía en vida, porque decía que les robaba... Un cuento

increíble, vamos —sentenció despectivo. Tomó aire y acabó—: Bueno, pues había que oír aquella tarde a Norberto. No es que no le diera ningún crédito a Emilio: es que lo crucificó.

—Sí, sí —confirmó el notario—. Lo llamó ignorante y supersticioso. Estaba yo delante.

El boticario estiró teatralmente las facciones, exorbitó los ojos, mostró las palmas vacías de las manos.

—Y ahora —dijo—, va por ahí declarando con tono solemne que hay un fantasma en casa de Elena.

Se retrepó, apoyó un codo en el brazo del asiento, se llevó la mano al mentón.

—¿Y qué os parece —preguntó frunciendo el ceño— el misterio y el secreto que le echa a todo? Me he fijado en la cara que ha puesto cuando has sacado tú el tema —me miró—. Le ha molestado, y mucho. ¿Por qué?

La pregunta se deshacía en el silencio como

una voluta y alguien añadió:

—Lo que yo no termino de entender es cómo Norberto no ha sacado ya a Elena de aquella casa.

Yo dije que Elena no quería, pero que tampoco me constaba que el médico hubiera insistido demasiado. El notario puso unos ojos minúsculos.

—Hombre —dijo—, dados a pensar mal, se me ocurre que quizás no le interese que Elena se mueva de Horcal. Elena es un buen pastel para quien la herede. Y si no se casa ni tiene hijos, lo que sucederá con toda seguridad mientras siga aquí, será él quien...

—¡No digas barbaridades, Ernesto, coño! — saltó Armando.

—Bueno, bueno...

No habían abierto aún Estrómboli cuando llegué, al día siguiente. Llamé un par de veces y esperé. No apareció nadie. La puerta estaba entornada. La empujé y pasé al salón. La luz entraba a chorros por

el ventanal de cuarterones que daba a la terraza y sobre el mostrador y los muebles flotaban infinitas partículas de polvo. También de la terraza se colaba, amortiguado, el único sonido de la casa: música de los Rolling. Salí. Había una chica tendida sobre una esterilla, tomando el sol. Llevaba puestas unas gafas oscuras y unas braguitas esquemáticas. Era una chica robusta, dotada con mano pródiga de unos pechos que se le desparramaban desordenadamente por los costados, libres y blandos, como flanes demasiado cocidos. Junto a ella, desde una cadena portátil de bastantes vatios, Mick Jagger explicaba:

—*¡Hey, hey, hey, do the Harlem shuffle!*

La chica me dijo que Jose estaba arriba, en su dormitorio. Lo encontré con un lío de ropa entre las manos y la maleta desplegada sobre la cama.

—De modo que te vas —comenté. La víspera, mientras yo andaba de tertulia en la plaza, Jose había ido a buscarme a casa de Elena para decírmelo. Había esperado durante un par de horas y,

al final, en vista de que no regresaba, había dejado recado de que me pasara por el bar antes del mediodía.

—Sí —respondió solamente, con gesto triste.

Me acomodé en la única silla libre y lo miré hacer en silencio. Terminó en seguida. No tenía mucho que guardar: papeles y libros, sobre todo. La maleta cerró sin problemas.

—Mete dentro la máquina de escribir —sugerí—. Cabe perfectamente.

Jose echó el último pestillo, de todas formas.

—La máquina se queda —dijo—. Se la he dado a una chica que quiere ser secretaria. Seguro que le saca mejor partido que yo.

Apeó la maleta al suelo de un tirón seco, se agarró los riñones y paseó la vista en derredor. Los cajones, el armario, la cómoda: todo estaba abierto y vacío.

—Bueno —suspiró después de comprobarlo—. Se acabó. ¿Nos vamos?

Bajó la persiana. El cuarto quedó sumido en

una suave penumbra. Me incorporé y abrí la puerta. Jose pasó delante, cargando con la maleta. Yo me colgué una bolsa de viaje y, con una mano en el picaporte, giré la cabeza y di también una última ojeada. Sobre una repisa advertí un bulto. Era un libro de Ortega y Gasset: *¿Qué es filosofía?*

—¿Vienes? —gritó Jose desde fuera.

—Te lo olvidabas —dije, saliendo a la carrera y blandiendo en alto el libro de Ortega. Jose lo miró brevemente por encima del hombro.

—No. Te lo regalo —respondió, y siguió escaleras abajo.

Arrimó la maleta al mostrador y fue a la terraza.

—¿Laura no ha vuelto aún? —le preguntó a la chica. La chica irguió su tórax lujuriente, cruzó las piernas y apoyó una muñeca en cada rodilla.

—No —denegó—. ¿A qué hora sale el autocar?

Jose estaba en jarras, con los ojos

entrecerrados por el resol.

—A las cuatro —dijo—. Pero quería comer algo en el pueblo, antes del viaje.

—¡Bueh! —hizo la chica—. Te sobra tiempo. ¿Me das un cigarro?

Jose repartió tabaco. Arrastramos unas sillas debajo de una sombrilla de paja y nos sentamos a fumar. La chica se llamaba Angela. Era de Barcelona. Tenía veintitrés años, había estudiado Psicología, hablaba dos idiomas y ahora, con un poco de suerte, a lo mejor le salía un trabajo en una autoescuela de Murcia. Más adelante, pensaba poner una guardería. Iba a ser un buen negocio, una guardería, con tanto *yuppie* como se veía últimamente por el país.

—¿En Murcia hay *yuppies*? —pregunté con algún escepticismo.

—De momento, no creo —dijo Angela. Y añadió con mucha resolución—: Pero los habrá. Como en todas partes.

La puerta del salón chirrió y apareció Laura.

Traía detrás una montaña de bultos, en precario equilibrio sobre dos piernas vacilantes y peludas.

—Lleva eso a la cocina —le indicó a la montaña de bultos con un elegante golpe de muñeca, mientras ella se arrellanaba bajo la sombrilla—. ¡Qué calor, por Dios! ¡Y cómo estaba el mercado!

La montaña de bultos inició un giro a derecha, luego otro a izquierda y, finalmente, gimió:

—¿Por dónde se va a la cocina? ¿Dónde estoy?

Angela se levantó a echarle una mano. Laura miró a Jose.

—Algo más espabilado sí que eras tú —comentó, en transparente alusión a la época en que también Jose era un dócil montón de paquetes y dos piernas peludas.

Jose entrecerró los ojos, pero era otro resol el que ahora lo cegaba. Dijo muy sereno:

—Me voy, Laura. Y me voy ya.

Nos pusimos en pie y salimos.

La estación de autobuses eran cuatro metros mal medidos de despacho y un trozo de acera limitado por dos señales de prohibido aparcar. Uno le compraba a un viejo unos papeles pequeños y amarillos, como *tickets* de carnicería, y se iba a esperar fuera, en la calle, o se metía en un bar. Esto último nos pareció lo más razonable: eran las tres de la tarde y caía un solazo que partía las piedras.

Jose preguntó al camarero por el teléfono y se fue a hacer una llamada. Habíamos comido en un chiringuito del puerto. Jose no había hablado prácticamente en todo el tiempo. Attendía a mis explicaciones con aire disperso y sonreía de cuando en cuando, viniese o no a cuento. También a ratos la vista se le enredaba en algún objeto y permanecía así, ensimismado y ausente, durante largos minutos.

Pedí un café. Traía en la mano el libro de Ortega y empecé a hojearlo, sentado en un taburete. En seguida tropecé con un subrayado, dos frases que

decían: “Todo ser es feliz cuando cumple su destino, es decir, cuando sigue la pendiente de su inclinación, de su esencial necesidad, cuando se realiza, cuando está siendo lo que en verdad es. Por esta razón decía Schlegel (...): 'Para lo que nos gusta tenemos genio'.” En el margen había trazados varios signos de interrogación. Se los mostré a Jose cuando regresó.

—¿Y eso? —le pregunté.

Jose echó un vistazo y volvió la cara para los estantes de botellas.

—Es mentira —respondió. Luego matizó—: Por lo menos en lo que a mí respecta. Yo ni he sido feliz siguiendo la pendiente de mi inclinación ni tengo, a lo que parece, ningún genio para lo que me gusta.

—Eso no lo sabes —protesté—. Y no lo sabrás mientras continúes quedándote sistemáticamente a medio camino y no acabes nunca nada.

Jose soltó una risita seca y amarga.

—También eso forma parte del genio,

Andrés: no quedarse a medio camino —dijo—. Cuando se piensa en una vocación, se da habitualmente por supuesto que, además del gusto por una actividad concreta, esa vocación incluye la paciencia para sacarla adelante, la fuerza de voluntad y hasta una pizca de talento. Pero la vocación no es más que eso: una llamada, la necesidad de hacer algo y, sobre todo, la certeza de que, fuera de esa pasión, la vida carece de sentido.

Guardó silencio un instante.

—Estas últimas noches —continuó—, después de cerrar Estrómboli, me tumbaba en la cama boca arriba y me preguntaba por qué lo tiré todo por la borda un buen día y me empeñé en esta carrera absurda. No era, desde luego, porque tuviera algo que contar, y creo que son pocos los que se meten a escribir porque les queme las entrañas alguna historia. La voluntad de escribir se nos da vacía, es previa a cualquier contenido, se organiza con polvo y aire, como un remolino, en torno a nada. Los novelistas

somos siempre autores en busca de personajes. Circulamos por la vida errabundos, y probablemente sin terminar nunca de disfrutarla porque, estemos donde estemos, ya pueden ponemos delante las montañas más imponentes y los ríos más caudalosos que nosotros lo único que vamos a ver son unos folios mecanografiados a doble espacio. Camba lo contaba con mucha gracia en el prólogo de un libro suyo...

Se encendió un cigarro, exhaló unas bocanadas.

—Así que las horas y los días se nos pasan corriendo detrás de algún personaje, de algún argumento. Pero ¿por qué corremos?

Me miró.

—¿Te acuerdas de aquella entrevista a Manuel Puig que te leí una tarde, en Madrid? —preguntó.

—Sí.

—Yo en el cine entendía el mundo, decía.

También yo escribiendo entiendo el mundo. A otra gente quizás la vida le resulte inteligible desde el primer vistazo. A mí no. Yo necesito encerrarla en historias en las que las cosas suceden ordenadamente, unas detrás de otras, como Dios manda. Escribiendo me defiendo del caos que me rodea, vertebro esa masa amorfa que es la realidad y le pongo un argumento y un sentido. Ese es el germen de mi vocación. Y es también la única madera de que está hecha. No hay más: no hay ni paciencia, ni talento, ni tan siquiera voluptuosidad, como querían Ortega y ese tal Schlegel. No valgo para escritor, en suma.

Arrojó al suelo el cigarro a medio apurar y consultó el reloj.

—Menos cuarto —dijo—. Vámonos.

El autocar tenía ya el motor en marcha. Nos abrazamos y, con un pie puesto en el estribo, Jose se volvió todavía para decir algo, pero la voz se le quebró.

O quizás fue solo que aquel otro pasajero lo

empujó, con las prisas.

6

Norberto nos pasó a buscar media hora después de lo convenido. En la estación le habían confirmado que el tren traía retraso.

—Tomáoslo con calma —dijo—. Hasta las dos, como pronto, no llega.

Pensé: pobre Ramón. Yo había hecho el mismo viaje para venir a Horcal y era como la *Anábasis*. El correo que cogías en Atocha, a las diez de la noche, estaba hasta los topes y tu asiento, ocupado, naturalmente. Podías encontrarte encima a un pacífico contribuyente y podías encontrarte encima a un individuo de aspecto claramente patibulario. A efectos prácticos, la diferencia era irrelevante, porque ninguno de los dos tenía la menor intención de moverse y, al final, acababas de pie lo mismo con uno que con otro. Pero por lo menos el primero no te daba a entender que levantarlo iba a ser lo último que

hicieras en la vida; el primero te reconocía incluso sin problemas que sí, que era tu asiento, pero que también a él le habían quitado el suyo y que, en general, nadie parecía estar haciendo mucho caso de los numeritos que venían en los billetes. Tú sonreías y le explicabas muy cordialmente que habías pagado una reserva con el objeto de viajar sentado, no para sufragar el Colegio de Huérfanos de Empleados del Ferrocarril. El te devolvía la sonrisa y replicaba que comprendía tu punto de vista, pero que no fueras tan estrecho, hombre, que igual que él se había hecho con un asiento sin andar mareando, tú podrías conseguir seguramente otro libre en algún otro departamento. Le respondías, sin sonreír ya ni leches, que no, que debían de estar todos cogidos desde primera hora de la mañana y que, en consecuencia, se levantase. Este era el momento crítico. Todo dependía del tono con que hubieras pronunciado: levántese. Hay levántese que caen como una bomba en el ánimo del interlocutor, provocando abundantes efusiones de adrenalina y un

aflojamiento general de esfínteres; y hay levántese que salen enclenques y medio aflautados, que se te enredan desde el principio en las cuerdas vocales y en seguida se ve que no se los va a creer nadie.

El mío debió de ser del género segundo. El contribuyente me examinó de arriba abajo, denegó definitivamente con la cabeza y se arrellanó con toda tranquilidad en el asiento.

Dije muy serio:

—Me temo que no me queda otra salida que ir en busca del revisor...

—Vaya, vaya —me animó amablemente—. Ahí lo tiene usted, mire: en el andén —me indicó incluso, señalando a través del cristal a un corro de gente. En medio, un hombre mayor, uniformado de azul, despachaba billetes a los viajeros que no habían podido encontrarlos en taquilla. Dentro de los vagones teníamos planteados graves problemas de espacio: había que abrirse paso a codazos, algún pasajero se dejaba matar defendiendo una reserva de

plaza y la atmósfera empezaba a cargarse con aires de fronda, entreverados con otros de índole menos política; pero el revisor aquél seguía vendiendo billetes con dos narices así de grandes.

Podía contarle mi problema, desde luego, pero sospechaba que no iba a prestarme demasiada atención. Busqué acomodo en alguna plataforma. Había un hueco libre delante de la puerta del lavabo. Me apoyé contra ella y traté de conciliar sueño, pero mean mucho los españoles y creo que veía elfos por las esquinas cuando me apeé, ya amanecido, en Alcantarilla.

Eran las siete y hasta las nueve no pasaba el primer tren con dirección sur. Me metí en la cantina y allí me enteré de que se trataba de otro correo.

—Los catalanes lo llaman el rápido de Andalucía y los andaluces, el rápido de Cataluña —me dijeron, y tanta insistencia sobre su rapidez escamaba. En seguida comprobé que era un rasgo más de ironía. El tren no rebasó nunca los cuarenta kilómetros por

hora y, en algunos trechos particularmente empinados, circulaba a diez y cinco. La gente se bajaba de él en marcha y se subía otra vez a la carrera. Algunos traían de vuelta piedras que luego arrojaban contra el ganado y los pastores. El viaje desde Barcelona era largo y pesado y el pueblo soberano entretenía sus ocios en estos juegos inocentes.

A eso del mediodía, el rápido me dejó en Almendricos, desde donde un ferrobús debía llevarme, por fin, a la costa. El ferrobús no salía hasta que no estuvieran dentro los pasajeros del rápido, me habían dicho; el ferrobús está ahí para eso precisamente, me habían asegurado. Pero, conforme saltábamos al andén, alguien gritó: ¡Que se va, tú!, y el pánico prendió fácilmente en nuestros cerebros reblandecidos por tantas horas de traqueteo. Echamos a correr desesperados por aquel apeadero grande y desaseado, arrastrando detrás enormes maletones y bultos inverosímiles. A lo lejos, el ferrobús tenía efectivamente los motores en marcha y, haciendo un

esfuerzo, hasta lo veía uno moverse. Los niños lloraban, las madres chillaban y los más viejos, al borde del resuello, se quedaban en el camino y decían patéticamente:

—Seguid vosotros, yo ya no puedo...

Unos cuantos jóvenes no tardamos en abordar los vagones y, colgados de los asideros que había junto a las puertas, tendimos solidariamente la mano al resto del pasaje, mientras el conductor del ferrobús, de pie en tierra firme, fumaba y observaba perplejo aquel brote de locura colectiva.

Así que pensé: pobre Ramón, sacudí la cabeza y, con un suave giro de muñeca, le arranqué más música de cascabeles a un vaso lleno de güisqui, soda y cubitos de hielo.

La estación de Horcal no acogía ya prácticamente otro tráfico que el del ferrobús de Almendricos. Había sido, sin embargo, un punto de

mucho trajín tiempo atrás, cuando las compañías inglesas explotaban los yacimientos de mineral de hierro que se suceden a lo largo de la costa murciana, desde La Unión hasta Aguilas, ya en la linde de la provincia con Almería. De aquellos años conservaba la estación su aspecto ocre y desaliñado y unas proporciones exageradas en las que la forma modesta del ferrobús venía a perderse dos veces a la semana. El andén principal no mediría menos de quinientos metros y Norberto y yo lo paseábamos arriba y abajo mientras Elena saludaba a un empleado de Renfe pariente de Emilia. Hablaron unos minutos y, luego, el hombre se metió en su despacho y Elena se sentó en un banco, a la sombra. Se encendió un cigarro y nos miraba ir y venir hasta que, de repente, la asaltó una duda y nos interrumpió para preguntarme si estaba seguro de que era hoy cuando Ramón había dicho que llegaba.

—Claro —dije, y saqué de todas maneras la carta para comprobarlo—. “Confío —le leí—en que el

martes 24, al mediodía, estéis los dos esperándome”.

Doblé la carta y concluí:

—Hoy es 24 y es martes, ¿no?

Elena no pareció quedarse más tranquila.

Dijo:

—Tengo una sensación extraña.

Entonces sonó una sirena, el pariente de Emilia salió de su despacho de chaqueta y con una gorra de plato puesta y, cuando el tren asomaba por la cabecera de la estación, oímos cómo Elena decía detrás nuestro:

—Ha habido un accidente. Ramón no viene ahí.

Norberto y yo nos volvimos violentamente. Elena no se había movido del banco. Seguía allí, pálida y abstraída, mirándonos con unos ojos enormes.

—Ramón no viene ahí —empezó a repetir—, Ramón no viene ahí —cada vez más alto—, Ramón no viene ahí —y un temblor iba gradualmente adueñándose de su cuerpo entero hasta que “Ramón

no viene ahí” fue un aullido y Norberto tuvo que llevársela entre sollozos, completamente histérica.

Ramón no venía efectivamente en aquel tren.

Estuve una hora intentando hablar con Madrid. Al principio, no debía de haber nadie en casa de Ramón. Luego, comunicaba. Por fin, pasadas las tres, me cogían el teléfono. Era la madre. Ramón no estaba, me dijo, acababa de llamar precisamente para avisarle de que no iría a comer. No, no tenía ni idea de dónde podía localizarlo. Sabía que la víspera se había traído un jaleo loco de maletas; pensaba marcharse, por lo visto, a un pueblo de la costa esa misma noche, pero al final había tenido que suspender el viaje porque un amigo suyo se había dado un golpe en coche. Un golpe grave, puntualizó, y el corazón me dio un vuelco.

—Y ese amigo ¿quién era? ¿Lo sabe usted?
—le pregunté.

Sí, lo sabía. Bueno, en realidad, no: Ramón le

había dicho el nombre, pero ella, claro, no se acordaba ya. No era un nombre corriente, de eso sí que se acordaba. Sonaba raro. A ella por lo menos le había sonado raro. ¿Cómo era...? sí, hombre, sí: era algo así como... No sé, hijo, no sé, se rindió.

—Es igual, muchas gracias de todas formas —dije.

—No las merece, hijo. ¿Quieres que le diga que le has llamado?

—Sí, por favor. Dígale que le ha llamado Andrés y que volveré a llamarlo esta noche, a las diez.

No hizo falta esperar hasta las diez para averiguar qué había retenido a Ramón en Madrid. A media tarde, recibíamos un telegrama suyo. Decía:

“Imposible llegar a Horcal día previsto. Jose Octavio muerto en accidente de carretera.”

Iba solo en el coche. Ramón me contó que había pasado el fin de semana en Torrelodones. El sábado comió con Pocho y su marido. Parecía muy

animado y les comentó que pensaba quedarse una temporada larga. Pero el domingo cambió bruscamente de idea. Estaba en una discoteca, con su grupo de siempre de la sierra. Se levantó y dijo:

—Me vuelvo a Madrid.

—No dio más explicaciones —siguió Ramón—. Solo cuando Antonio le habló de que el martes probablemente bajarían ellos y que podían verse y tomar unas copas, él contestó: no creo. Luego se subió al coche y lo estampó contra un árbol, a dos kilómetros escasos del pueblo. La Guardia Civil no ha encontrado rastros de frenazo. Dicen que debió de dormirse.

Ramón también me dijo que el funeral era el viernes.

—Vendrás, ¿no?

—Claro —respondí.

Regresé a pie desde la cabina pública. No tenía ninguna gana de pasear, ni de pensar, ni de estar

solo; pero no hubo manera de dar con un taxi en aquella época del año y era medianoche pasada cuando llegué al chalet. Emilia no se había acostado aún. Estaba en el salón, sentada en el filo de una silla, con la barbilla hundida en el pecho y un pañuelo todo estrujado entre las manos. Levantó la frente al oírme entrar. Había llorado mucho.

—¿Qué tal está Elena? —pregunté.

Emilia sacudió la cabeza a izquierda y derecha.

—Mal, muy mal, señorito —respondió, y se sorbió entrecortadamente los mocos y se pasó el pañuelo por la nariz y los ojos.

Me acerqué hasta ella y la tomé por los hombros.

—Vamos, Emilia, que no se diga —dije con un hilo de voz.

Me miró, hizo un puchero.

—No se preocupe, señorito; ya no voy a llorar más —prometió.

Me dejé caer en el sofá y encendí un cigarro.

—Está Norberto ahí dentro con ella, ¿no? He visto su coche en la calle.

Emilia asintió con un gesto y esperamos en silencio hasta que el médico apareció. Norberto no tenía mala cara. Dijo:

—Bueno, ya se ha dormido.

Pronunció también unos nombres de medicamentos irreproducibles y le pidió un café a Emilia. Emilia salió como despedida de la silla hacia la cocina. Norberto tomó asiento enfrente de mí y me preguntó qué más había averiguado de lo de Jose. Le expliqué lo que Ramón acababa de contarme. Hizo una mueca y dijo:

—Lo que en ningún caso conviene ahora es que Elena se entere.

Fruncí el ceño, ladeé la cabeza y me atreví a recordarle que Elena ya lo sabía.

—Fue la primera en saberlo —precisé—. Antes incluso de que recibiéramos el telegrama...

—Me refiero a los detalles —aclaró Norberto, y añadió después de una pausa—: Es increíble, ¿verdad?

—Sí que lo es —dije.

Volvió Emilia y en la bandeja traía, además del café del médico, embutidos, queso, pan tostado, mantequilla y mermelada. Lo dispuso todo sobre la mesa, rechazó sin ninguna misericordia nuestras tibias alegaciones y se retiraba otra vez, pero Norberto dijo:

—Emilia, por favor, quédese un momento.

Lo dijo con un tono neutro, muy profesional. Emilia se asustó. Norberto le indicó una silla y ella se sentó con cuidado, dejando siempre mucho más culo fuera que dentro. El pecho le subía y bajaba aparatosamente y no perdía de vista ningún movimiento del médico. Norberto cambiaba absurdamente de sitio algunos objetos pequeños: el tabaco, el encendedor, el cenicero. Luego empezó:

—La señorita Elena ha tenido más apariciones esta tarde y probablemente va a haber que

internarla. De hecho, ya he hablado con Murcia y mañana vendrán a recogerla.

Emilia ahogó un suspiro.

—Yo confío en que se trate de una medida temporal —continuó el médico—, pero no puedo asegurarle nada. En estos casos es inútil hacer previsiones de ningún género. Quizás esté bien dentro de un mes, quizás tarde solo dos semanas, quizás mucho más... No lo sé.

—Pero, don Norberto —protestó Emilia, al borde del llanto—, usted sabe que nosotras no tenemos dinero y yo no quiero que a la señorita la lleven con los locos...

—No se preocupe usted, Emilia —la tranquilizó Norberto—. La señorita no va a ir con los locos. La señorita va a ir a una clínica donde estará perfectamente atendida. Yo me encargo de todo.

Emilia lo miró fijamente unos instantes. Después rompió a llorar. Decía:

—¡Ay, mi señorita! ¡Ay, mi señorita!

Norberto la acompañó a su dormitorio. Cuando regresó, la casa estaba de nuevo en silencio. Se sirvió café y hablamos hasta el alba.

Norberto no se hacía falsas ilusiones. Sabía que la enfermedad de Elena había entrado en su fase terminal.

—Tarde o temprano tenía que suceder — comentó.

Del árbol genealógico de Elena colgaban ya, por lo visto, varios suicidas, algún esquizofrénico y bastantes maníacos raros. Su propia madre no había sido del todo normal. Se llamaba Alicia. Era una mujer menuda y hermosa, llena de encanto. Ignacio, el padre de Elena, y Norberto la conocieron de estudiantes, en Madrid, y en seguida los había enamorado sin remisión. La acosaban con flores y esquelas encendidas y ella se dejaba querer, sin acabar de tomar partido por ninguno de los dos. Por fin, una tarde citó a Norberto en un café.

—Me confesó que el fuego de la pasión la consumía por dentro, que era ya inútil y superior a sus fuerzas intentar ocultarlo por más tiempo, y siguió en ese mismo tono, describiéndome muy gráficamente sus sentimientos ardientes, mientras yo me esponjaba y me esponjaba y todavía hoy no entiendo cómo no me salía del café. Luego me preguntó si creía que podía abrigar alguna esperanza. Aquello me escamó: ¿no estaba viendo que sí? Le dije: no te entiendo, Alicia. Y ella, con toda la inocencia del mundo pintada en el rostro, respondió: claro, Norberto; tú conoces bien a Ignacio, sabrás a qué puedo atenerme.

Norberto sonrió con amargura.

—Qué horror —dijo—. Recuerdo que, una hora antes de la cita, estaba terminando de perfumarme delante del espejo y que Ignacio había entrado en mi habitación y me había estrechado la mano con mucha deportividad y mucha tontería británica. Yo caminaba de vuelta a la residencia y pensaba alternativamente en esa escena y en la del café: en la nobleza magnífica

de Ignacio deseándome suerte y en la tierna inocencia de Alicia sincerándoseme, y entre medias intercalaba otras en las que los dos morían lentamente de enfermedades venéreas o se ahogaban durante un crucero por el Adriático.

Alicia e Ignacio se casaron en cuanto él obtuvo la licenciatura. Estuvieron por Europa de viaje de novios. Los dos eran de buena familia y llevaban una existencia en consonancia con su posición: muchas idas y venidas, muchas temporadas en el norte y muchas relaciones del más alto *standing*. Aquello duró poco, de todas formas. Una serie de inversiones desafortunadas se les comieron rápidamente las rentas y tuvieron que reducir drásticamente el ritmo de gastos.

—Ahora vivían al día, sin agobios, por supuesto, pero ya no era aquel no parar del principio. Y parecían bastante felices. De hecho, al año, Alicia daba a luz a Elena. Fue un parto sin complicaciones. Ignacio les construyó esta casa a las dos, para

celebrarlo, y Alicia y la niña empezaron a vivir largas temporadas en Horcal.

Durante una de ellas murió la madre de Alicia.

—Era viuda y no dejó más que alguna deuda de poca monta y un hijo imbécil. Imbécil en el sentido clínico del término. Se llamaba Carlos. Alicia tenía otros tres hermanos, pero se dedicaban a apagar incendios en pozos petrolíferos, o a rescatar galeones hundidos o algo por el estilo. De modo que Alicia se hizo cargo del tío Carlos.

Todo discurrió de la manera más vulgar en los años siguientes. Elena crecía sana y feliz, a caballo entre Madrid y Horcal, y el único quebradero para sus padres les venía por el lado del servicio doméstico. Las chicas le duraban poco a Alicia. Se le iban porque decían que el señorito Carlos las miraba raro y no se fiaban. Alguna llegó incluso a quejarse de que le había echado mano a sus zonas íntimas mientras limpiaba los cristales.

—Y en el pueblo, más de una vez se le vio

pasear con los perendengues al aire, desde luego. Pero Alicia se negaba a internarlo.

Hasta que un día trató de abusar de la niña.

—Nadie supo exactamente cómo sucedió. Alicia oyó los gritos y, cuando llegó, se los encontró a los dos llorando aterrorizados, cada uno en una esquina de la habitación. El tío Carlos estaba desnudo de cintura para abajo.

Elena era muy pequeña, no tendría más de tres años, y pareció olvidarlo todo en seguida. Pero el incidente desequilibró profundamente a su madre. Languidecía a ojos vista, en medio de atroces remordimientos.

—Cuando se la llevó un derrame cerebral yo creo que aún no se había repuesto. Elena acababa de cumplir seis años. Ya te digo que era una chiquilla perfectamente normal. Ignacio, durante el viaje de novios, se había quedado prendado del orden y la limpieza con que vivían los suizos y decidió enviarla allí a estudiar. Hizo el bachillerato interna, en Ginebra,

y luego estuvo dos años en Estados Unidos. En Baltimore conoció a un joven y se casaron al bote pronto. Ignacio ya había fallecido y nunca conoció a su yerno. Supongo que también a él lo habría engañado, lo mismo que nos engañó a todos. Cuando finalmente se marchó de Horcal, Elena estaba hecha una ruina. Sufrió depresiones, jaquecas, crisis de ansiedad. Le dije que le diera tiempo al tiempo, que ya vería como todo terminaría pasando. Pero ella insistió en que la tratara un especialista, un amigo suyo que empezaba y en el que tenía mucha confianza. Aquel anormal la sometió a hipnosis. No solo no consiguió aliviarla lo más mínimo, sino que, durante una de las sesiones, la hizo revivir el episodio de su violación a manos del tío Carlos.

Norberto suspiró y concluyó lentamente:

—Desde entonces, el tío Carlos la ha estado visitando periódicamente.

—¿Y los ruidos? —dije—. ¿Y los silbidos? ¿Y los cuadros que se descuelgan y las premoniciones?

Norberto se encogió de hombros.

Elena murió en la clínica algunos meses después. Tuvo días de lucidez y tuvo días de atarla a la cama. En uno de aquéllos me escribió una carta. Me transmitía su pésame por lo de Jose y me preguntaba por mis romanos. También decía:

“He dado instrucciones a Norberto para que venda el chalet y disponga del dinero como mejor considere. Con lo que al fin hemos logrado que me pase mi ex marido me basta y sobra para pagar esto y darle algo a Emilia. Norberto se ha opuesto, naturalmente, y mucho me temo que hayamos discutido con alguna acritud. Solo en dos ocasiones he discutido con Norberto, y las dos a propósito de la casa. La vez anterior también yo pretendía hipotecarla y también él se negó. Me dijo que con lo que pudieran darnos difícilmente sacaría adelante su urbanización; en el mejor de los casos, únicamente le permitiría ganar unos meses y, en el peor, podíamos perder la vivienda.

Se puso muy nervioso. Intenté tranquilizarle. Le dije que Emilia y yo no íbamos a acabar en la calle por su culpa, pero no tienes ni idea de lo cabezota que puede llegar a ser este hombre. Se puso a bufar, se levantó y se fue... Ahora, ¿qué más da todo? Yo ya no creo que salga de aquí.”

NOTA DEL AUTOR

Cualquier parecido entre los caracteres aquí descritos y alguna persona viva o muerta es fruto de la casualidad. No obstante, no todo en este relato es ficción. Algunos hechos sucedieron realmente. Son, además, aquéllos cuya verosimilitud suscitará probablemente mayores reparos: el perro que advierte al amo de presencias insólitas, el cuadro que se descuelga solo o la premonición cierta de que alguien a quien se espera en una estación no acudirá finalmente. Con leves variantes, tuvieron lugar en algún momento de 1935, en la aldea, no sé si suiza o italiana, de Caslano, a orillas del Lugano. El lector curioso podrá encontrar su versión original en el volumen segundo de la autobiografía de Arthur Koestler, en el capítulo titulado “La casa del lago”.

En ellos está inspirada parte de esta novela.

Madrid, marzo de 1987.

NOTA DEL AUTOR, CASI 30 AÑOS DESPUÉS

Escribí esta novela entre el otoño de 1986 y la primavera de 1987, mientras trabajaba como redactor de cierre en el diario *Expansión*. Me parecía interesante describir los esfuerzos de un puñado de personajes por dotar de sentido sus vidas dentro de los estrechos márgenes de la Era de la Razón y del Progreso, pero no debió de parecérselo a ninguno de los editores a quienes envié el manuscrito, ni entonces ni en 1994, en que volví a intentar publicarlo.

Finalmente, una vez eliminadas la mayoría de las barreras del negocio editorial gracias a los prodigios de la técnica (y a la habilidad y la paciencia de mi hijo Miguel), la historia puede ver la luz. Por decirlo con un pésimo juego de palabras, la escritura ha dejado de ser invisible.

Quiero agradecer a fulanito la cesión de la imagen del embarcadero del Hornillo (Águilas, Murcia)

que sirve de portada.

Orgaz, Toledo, julio de 2013.